

CRISTIANIDAD



113

RAZON DE ESTE NUMERO

A Ñ O V

1 DICIEMBRE

1 9 4 8

El 5 de mayo de 1917, S. S. Benedicto XV cuya voz «que invocaba la cesación del inmenso conflicto, suicida de la Europa civilizada» había sido desoída por los gobernantes, expresaba su ardiente deseo de que se recurra al Corazón de Jesús, trono de gracias y de que a este trono se recurra por medio de María». Para ello ordenaba que en las letanías lauretanas se invocase a la Virgen Inmaculada como a REINA DE LA PAZ.

«Que esta invocación — decía el Papa — mueva su tierna y benévola solicitud a obtener para el mundo la paz ardientemente deseada, y que recuerde a los siglos futuros la eficacia de su intercesión, y la grandeza del beneficio que nos habrá conseguido».

Como en Lourdes la Santísima Virgen había venido a confirmar la enseñanza y la esperanza de Pío IX, así en medio de la guerra europea, respondía a la confianza del Vicario de Cristo. Sólo ocho días más tarde se aparecía por primera vez a los pastorcitos de Fátima.

Para establecer la Paz de Cristo en el Reino de Cristo las revelaciones de Fátima han venido a continuar las de Paray-le-Monial. La devoción al Inmaculado Corazón de María, ligada indisolublemente con la devoción al Corazón de su Hijo, es el instrumento providencial para la pacificación del mundo con Dios. Por esto S. S. Pío XII en plena guerra más terrible aún que la anterior, consagró el universo al Inmaculado y maternal Corazón de la Santísima Virgen, Reina de la Paz.

EDITORIAL: La Consagración del género humano al Corazón de María. Proclamación de su realeza.

PLURA UT UNUM: La Corredención Mariana y la Paz del Mundo, por Francisco de P. Solá, S. I. (págs. 515 a 517); **Nuevo prencio de Victoria. «Mi Corazón Inmaculado triunfará»**, por María-Luisa de Aranzadi (páginas 518 a 520); **Regina Pacis**, por María-Asunción López (págs. 521 a 523); **Regina Pacis, ora pro nobis...**, por Luis Creus Vidal (págs. 523 a 525); **Un considerando fundamental de la sentencia política de Balmes: II. Teoría balmesiana de la Monarquía**, por José Ignacio Montobbio Jover (págs. 529 a 531); **El ideal sacerdotal de España**, por José Ricart Torrens, Pbro. (págs. 532 a 534).

DEL TESORO PERENNE: La Virgen Santísima, Reina de la Paz. Carta de S. S. Benedicto XV a S. E. el Cardenal Gasparri (pág. 526); **El sentido del Mensaje de Fátima**, (pág. 527); **Carta-Encíclica de S. S. Pío XII sobre los Santos Lugares de Palestina**, (pág. 532).

A LA LUZ DEL VATICANO: La O. N. U. proclama los «Derechos del Hombre», III, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 534 y 535).

DE ACTUALIDAD: Mensaje de Su Santidad al Congreso Eucarístico del Brasil. — Discurso del Papa a los obreros de Turín. — Anticomunismo liberal, por J. O. C. (pág. 536).

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M^a Serra Godoy.



El Liberalismo es pecado

Dr. D. Félix Sardá y Salvany

Obra que, a pesar de
haberse escrito hace
más de cincuenta
años, conserva toda
su actualidad

PÍDALA EN NUESTRA ADMINISTRACION
Precio especial para nuestros suscriptores:

4 ptas. ejemplar



*Visite las Cuevas
de Artá*

La Inquisición

J. M. Orti Lara

Precio especial para nuestros suscriptores
10 pesetas



Historia de las sociedades secretas

en 3 tomos
Vicente de la Fuente

Precio especial para nuestros suscriptores
45 pesetas los 3 tomos



Pídalos en nuestra administración

LECTOR:

Varios padres misioneros
españoles, que en lejanas
tierras de la India han
conocido nuestra Revista,
son grandes entusiastas
de CRISTIANDAD

¿Quieres costear su suscripción?

Telefonea al n.º 22446 y se te
dará el nombre de tu favorecido

CRISTIANDAD

NÚMERO 113 - AÑO V

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22448

BARCELONA

1 de Diciembre de 1948

Cruz, 1, 1.º - Teléf. 222667

MADRID

La Consagración del género humano al Corazón de María Proclamación de su realeza

La Consagración del género humano al Inmaculado y Maternal Corazón de María, leída por S. S. Pío XII en un radio-mensaje a una peregrinación en Fátima, está expresamente relacionada con la Consagración al Corazón de Jesús que viene celebrándose en la Iglesia desde León XIII. Vamos hoy a apoyarnos en este paralelismo para mejor comprender el sentido de esta Consagración.

La devoción al Corazón de Jesús (como repetidamente se ha probado en CRISTIANDAD), está directamente ordenada, por sobrenatural disposición de la Providencia, a la implantación de su Reinado Social en el Mundo. Más todavía: es el medio sobrenaturalmente adecuado para conseguir la implantación de este Reinado: La conexión entre ambas devociones no puede ser más íntima: recuérdese el principio de la Encíclica «Summi Pontificatus», repetidamente citado, en la que parecen confundirse en una sola forma de piedad.

Pues bien. De modo parecido, en el acto de Pío XII la Consagración del Mundo al Corazón de María se presenta igualmente vinculado al reconocimiento de su universal Realeza: desde la primera palabra, Pío XII saluda ya a María con el título de «Reina», que por dos veces más se repite a lo largo de la Consagración.

María, «Reina del Santísimo Rosario», «Reina de la Paz», «Reina del Mundo». Porque así como León XIII no se había limitado a consagrar al Corazón de Cristo la Iglesia Católica, sino que, atribuyéndose la representación de toda la humanidad le consagró el Mundo entero, consagra ahora Pío XII todo el linaje humano al «Corazón Inmaculado», al «Corazón Maternal» de María:

«A ti, a tu Corazón Inmaculado, nos confiamos y consagramos en unión, no sólo de la Santa Iglesia, Cuerpo Místico de tu Jesús... sino también de todo el Mundo»: «En esta hora trágica de la historia humana» Pío XII, lo mismo que antes León XIII, se sitúa en un plano de grandiosa universalidad.

Se está promoviendo entre el pueblo cristiano una corriente para honrar especialmente a María bajo el título de «Reina del Mundo» con que la ha saludado el Sumo Pontífice y la saludamos todos en el quinto Misterio de Gloria. ¿Cuál es el sentido de esta realeza?

La función de María, en los planes de la Providencia, es una función intermediaria: toda la razón de ser de esta Madre Inmaculada está en su Divino Hijo, cuya venida aceleró con su oración. Este mismo sentido tiene su realeza universal:

«Así como al Corazón de tu Jesús fueron consagrados la Iglesia y todo el género humano con el fin de que, depositando en El toda su confianza, fuese para ellos señal y prenda de victoria y salvación, así igualmente nos consagramos perpetuamente a Ti, a tu Corazón Inmaculado ¡oh Madre Nuestra, Reina del Mundo! a fin de que tu amor y patrocinio acelere el triunfo del Reino de Dios, y todos los pueblos, pacificados entre sí y con Dios... entonen de un extremo a otro de la tierra el eterno «Magnificat» de gloria, amor y reconocimiento al Corazón de Jesús, en el cual solamente pueden encontrar la verdad, la vida y la paz.»

¡Actitud, la del Pontífice, verdaderamente emocionante! Porque el sentido de su Mensaje—en el que se describen con notas tan sombrías los males de nuestro tiempo—es fundamentalmente un mensaje de esperanza; el Corazón de María—lo mismo que el Corazón de Jesús, con el que se presenta inseparablemente unido en la piedad de los fieles—ha de ser para todos los hombres: creyentes, herejes, cismáticos, paganos, «señal y prenda de victoria y salvación.»

Y esta esperanza tiene un sentido social. No nos invita el Sumo Pontífice a buscar en María un consuelo de alcance subjetivo: no nos invita a una resignación pseudo-cristiana que equivaldría a «pedir la vida» al enemigo: el Sumo Pontífice no minimiza su Ideal, al contrario: se atreve a orientar la esperanza, las súplicas, la tensión espiritual de sus fieles hacia un Ideal católico íntegro, natural y sobrenatural a la vez, puro de toda cobarde transigencia! He aquí la meta que nos propone un Pontífice cuyas palabras son constantemente una invitación a la valentía:

«Otorga al Mundo en guerra la paz que anhelan los pueblos: la paz en la verdad, en la justicia y en la caridad de Cristo...» «Obtén la Paz y la libertad completas a la Iglesia Santa de Dios...» «Da la paz y encamina de nuevo al único redil de Cristo a los pueblos separados por la herejía o el cisma...» y dedica un especial recuerdo a los orientales, que siempre se distinguieron por su especial amor a María.

Toda la gravedad de este momento histórico, toda la seguridad de la victoria aparecen en este documento. ¿Participamos nosotros de esta profunda seriedad y de esta convicción sobrenatural?





Que la vida doméstica se llene más del espíritu cristiano

(Intención del Apostolado de la Oración del mes de Diciembre)

Espíritu significa en este lugar, el modo corriente de obrar, de sentir, de hablar; se llama *mundano* cuando los pensamientos, los sentimientos, los actos, provienen en general y se dirigen por la concupiscencia de la carne, por la concupiscencia de los ojos, por la soberbia de la vida; se llama *cristiano* cuando aquellos mismos provienen y se rigen por los principios de Cristo Nuestro Señor, enseñados por El con su palabra y con su ejemplo. Se entiende propiamente por *vida doméstica*, el modo de vivir en familia, y a veces, por extensión, también el modo de vivir en otras reuniones en las que hacen vida familiar hombres de diversas familias. En nuestros días está expuesta la vida doméstica, tomada en sentido estricto, a graves *peligros* por causa del espíritu mundano, y también por otras razones, entre las cuales se cuentan: la deficiente preparación cristiana de los futuros progenitores antes del matrimonio; su decreciente autoridad sobre los hijos; su excesiva libertad para salir de casa, contraer amistades, leer cualesquiera libros, frecuentar teatros y cines; la frecuentación por los hijos e hijas de escuelas no católicas; además dentro de la familia, la falta de oración común; introducción de libros, fotografías, etc., que arrancan la fe y las buenas costumbres; conversaciones de este mismo género; excesiva libertad para oír la radio; el mal ejemplo de los criados y criadas y de los visitantes, etc. *Secuelas*: abandono del uso de los sacramentos y de los preceptos de Dios y de la Iglesia; corrupción de costumbres; disminución de la fe; irreligiosidad; ateísmo; matrimonios desgraciados y divorcios, y por consiguiente, corrupción de la vida social y pública y todas las miserias de que la sociedad humana entera se queja hoy. *Remedios*: Oración común en familia, estudio de la religión cristiana, rechazo del vano temor de los hombres.



RAZON DE ESTE NUMERO

El 5 de mayo de 1917, S. S. Benedicto XV, cuya voz «que invocaba la cesación del inmenso conflicto, suicida de la Europa civilizada» había sido desoída por los gobernantes, expresaba su «ardiente deseo de que se recurra al Corazón de Jesús, trono de gracias y de que a este trono se recurra por medio de María». Para ello ordenaba que en las letanías lauretanas se invocase a la Virgen Inmaculada como a REINA DE LA PAZ. «Que esta invocación — decía el Papa — mueva su tierna y benévola solicitud a obtener para el mundo la paz ardientemente deseada; y que recuerde a los siglos futuros la eficacia de su intercesión, y la grandeza del beneficio que nos habrá conseguido».

Como en Lourdes la Santísima Virgen había venido a confirmar la enseñanza y la esperanza de Pío IX, así en medio de la guerra europea, respondía a la confianza del Vicario de Cristo. Sólo ocho días más tarde se apareció por primera vez a los pastorcitos de Fátima.

Para establecer la Paz de Cristo en el Reino de Cristo las revelaciones de Fátima han venido a continuar las de Paray-le-Monial. La devoción al Inmaculado Corazón de María, ligada indisolublemente con la devoción al Corazón de su Hijo, es el instrumento providencial para la pacificación del mundo con Dios. Por esto S. S. Pío XII en plena guerra, más terrible aún que la anterior, consagró el universo al Inmaculado y maternal Corazón de la Santísima Virgen, Reina de la Paz.

EDITORIAL: La Consagración del género humano al Corazón de María. Proclamación de su realeza.

PLURA UT UNUM: La Corredención Mariana y la Paz del Mundo, por Francisco de P. Solá, S. I. (págs. 515 a 517); **Nuevo preuncio de Victoria. «MI Corazón Inmaculado triunfará»**, por María-Luisa de Aranzadi (págs. 518 a 520); **Regina Pacis** por María-Asunción López (págs. 521 a 523); **Regina pacis, ora pro nobis...**, por Luis Creus Vidal (págs. 523 a 525); **Un considerando fundamental de la sentencia política de Balma. II. Teoría balmesiana de la Monarquía**, por José Ignacio Montobbio Jover (págs. 529 a 531); **El Ideal sacerdotal de España**, por José Ricart Torrens, Pbro. (páginas 532 a 534).

DEL TESORO PERENNE: La Virgen Santísima, Reina de la Paz. Carta de S. S. Benedicto XV a S. E. el Cardenal Gasparri (pág. 526); **El sentido del Mensaje de Fátima**, (pág. 527); **Carta-Encíclica de S. S. Pío XII sobre los Santos Lugares de Palestina**, (pág. 532).

A LA LUZ DEL VATICANO: La O. N. U. proclama los «Derechos del Hombre», III, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 534 y 535).

DE ACTUALIDAD: Mensaje de Su Santidad al Congreso Eucarístico del Brasil. — Discurso del Papa a los obreros de Turín. — Anticomunismo liberal, por J. O. C.

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday.

La Corredención Mariana y la Paz del mundo

Una de las grandes amenazas que Dios anunciaba por los Profetas era el que los hijos y los extraños se *burlaran de Israel diciéndole: Paz, paz; pero la paz no existiría.* (Jer. 6 14, 8 11; Ez. 13 10.) Y en pocas ocasiones habrá sido más real esta profecía que en el momento presente.

Hasta el último conflicto mundial, las guerras hallaban fin en un convenio de las dos partes litigantes que se llamaba *tratado de paz*. Ciertamente es que la paz se convertía en una mera tregua, pero, al fin y al cabo, había paz. Ahora ha ocurrido algo insólito: se ha terminado un conflicto armado sin precedentes en la historia del mundo, y tampoco ha tenido precedentes el modo de terminarse. A la guerra no se ha seguido una paz, ni siquiera *de tratados*. Se ha hablado de paz, pero no ha llegado la paz. ¿Causas de esta anomalía? Son múltiples; pero aquí nos place asignar una que entra de lleno en el ámbito de CRISTIANDAD: *No ha llegado la paz porque los gobernantes no saben lo que es la paz.*

Qué es la paz. Historia de una definición

Hagamos un poco de historia y trasladémonos al siglo v. Los bárbaros invadían Europa, sembrando por doquier la más espantosa desorientación moral e intelectual. Cuando después de una serie de emperadores de poca talla, que habían poco a poco desprestigiado la figura del Imperio Romano, Teodosio el Grande había logrado rehabilitar el nombre de la antigua Roma, pensaban los romanos que su antiguo Imperio volvía a las pasadas glorias y que su poderío se perpetuaría sin fin. Entonces precisamente la implacable Parca estaba midiendo los escasos milímetros del hilo de su vida. Regía los destinos del caducado Imperio el desventurado Honorio; la hora de Dios sonó terrible sobre Roma en aquel mes en que la Ciudad de los Césares estaba sumida en los enervantes calores del estío; el día exacto fué el 24 de agosto del año de gracia 410, y en una noche tempestuosa, oscura como una venganza, que por ser divina no podía carecer de la luz (siquiera fuese de relámpagos) ni de aviso (aunque sonara horrorisimo con los truenos). Al amparo de la obscuridad y al fulgor siniestro de los relámpagos, las hordas godas de países bárbaros, mandadas por Alarico, escalaron los muros de la Ciudad Eterna y, penetrando por la Puerta Salaria, «se dedicó aquella chusma durante tres días a los más atroces crímenes contra los habitantes, contra las casas, contra los templos, contra el arte... dejando por fin la ciudad sumida en sangre y fuego y llanto».

El pánico que se produjo en todo el orbe romano al tenerse noticia del desastre de la Ciudad Madre lo podríamos comparar al que sintió el imperio japonés de nuestros días al enterarse de los efectos producidos por la primera bomba atómica. No era entonces una Ciudad la que sucumbía, era todo un Imperio, toda una civilización. El mundo entero, que era del dominio de los Occidentales, pasaba a manos de los Orientales; y los Orientales representaban en Europa el retraso, la barbarie, el salvajismo.

Y el mundo europeo, acostumbrado a filosofar y a reaccionar buscando los remedios adecuados contra los males, quiso dar con la raíz de tan colosal desastre. Pero el mundo de Occidente se hallaba dividido en dos partidos: Paganismo y Cristianismo. Los dos habían de buscar una solución. La desolación era un hecho; la caída de Roma no se podía poner en duda; los males causados eran cier-

tos. Las causas las señalaba cada partido según su filosofía. Los paganos reprochaban a los cristianos y a los mismos Emperadores la causa de tantos males, que se debían, según ellos, a que los dioses estaban indignados por la disminución de su culto a causa de los progresos del Cristianismo. Los cristianos veían en el saco de Roma un castigo de Dios, que exigía así la penitencia por los pecados del Paganismo. De ser así, replicaban los paganos, no habría vuestro Dios permitido que vosotros hubierais padecido ni que vuestros templos hubieran sido saqueados como los nuestros. En realidad, unos y otros estaban desconcertados: los paganos porque no salían de su estupor ante la ruina de su Imperio terrestre; los cristianos porque no acababan de comprender qué significado tendría el hundimiento de la Ciudad que creían Eterna y Sede perenne del Vicario de Cristo.

En un rincón de Africa, entregado a sus estudios y atento siempre a los movimientos que afectaban de alguna manera a la Iglesia su amada Madre, vivía tranquilo el Obispo de Hipone Regia, Aurelio Agustín. A él, como al Oráculo de la Iglesia, se volvieron los ojos de los cristianos todos, le expusieron sus cuitas y demandaron orientación. El genio de Agustín penetró como nadie en la gravedad del problema y en lo trascendental del momento, y como aterrado ante su gigantesca responsabilidad, pareció vacilar un momento. Pero muy pronto se aprestó a dar el golpe de gracia contra el Paganismo. Oigamos lo que a este propósito nos dice el propio Agustín en sus *Retractationes*: «Entretanto los godos, dirigidos por Alarico, irrumpieron impetuosamente sobre Roma, destruyéndola con feroz estrago. La turba de los adoradores de los falsos dioses, a quienes comúnmente solemos dar el nombre de paganos, tomando pie de esta destrucción para volver contra la religión cristiana, comenzaron a blasfemar de nuestro Dios verdadero y de su Providencia, más acerba y amargamente aún de lo que solían.

»Por esto yo *exardescens zelo domus Dei*, inflamado del celo de la casa de Dios, me lancé a escribir contra sus errores y blasfemias estos libros de la CIUDAD DE DIOS. Los muchos negocios y trabajos inaplazables que por aquellos años sobre mí pesaban, me hicieron retardar su publicación, no pudiendo terminar esta grande obra (*«grande opus»*) sino trece años más tarde.»

Volvamos ahora a nuestro siglo xx. La gravedad de los presentes males, comparable sin duda con la trascendencia que tuvieron los acontecimientos que motivaron la aparición de la *Ciudad de Dios*, nos habrían de hacer leer y releer las profundas y acertadas páginas agustinianas. En ellas encontraremos una definición magistral, como todas las suyas, de lo que es la paz. Veámosla.

Anatomía de la paz

No sin intención hemos escrito este epígrafe. Reproduce el título de un libro, que se difundió no poco por los Estados Unidos hace cosa de dos años. Su autor quiere examinar los fundamentos de una paz verdadera, pero como apenas sabe levantar su mirada de un mundo materialista, su libro no produjo apenas fruto alguno.

No es así la anatomía de la paz que nos hace S. Agustín. De ella se ocupa en el libro 19 de su monumental obra cuando trata del fin de las dos Ciudades, la del mundo y la de Dios. Y al establecer que el fin de la Ciudad de

PLURA UT UNUM

Dios es el bienestar y la felicidad suma, que proporcionalmente se halla ya en esta vida, si se cumplen los deberes que el ser ciudadano de tal Ciudad nos impone, nota el Santo cómo existen ciertos impedimentos que obstaculizan la consecución de esta felicidad; pero estos mismos impedimentos, bien examinados, nos ponen de manifiesto que los deseos de los hombres son siempre de conseguir la paz que trae la felicidad. «Quien considere en cierto modo las cosas humanas y la naturaleza común, advertirá conmigo que así como no hay quien no guste de alegrarse, así tampoco quien no guste de tener paz. Pues hasta los mismos que desean la guerra apetecen vencer, y guerreando llegar a una gloriosa paz. ¿Qué otra cosa es la victoria sino la sujeción de los contrarios? Lo cual conseguido sobreviene la paz. Así que con intención de la paz se sustentan las guerras mismas, aun por los que ejercitan el arte de la guerra siendo generales, mandando y peleando. Por donde consta que la paz es el deseado fin de la guerra, porque todos los hombres, aun con la guerra, buscan la paz, pero ninguno con la paz busca la guerra» ... «Hasta los que quieren perturbar la paz en que viven, no es porque aborrecen la paz, sino porque quieren tenerla a su arbitrio. No quieren, pues, que deje de haber paz, sino que haya la que ellos quieren.»

Sentado, pues, este principio de que todos los hombres apetecen la paz, y, por otra parte, constando que de hecho la paz no se encuentra como los hombres la buscan, o que los hombres apetecen una paz que no es la verdadera; se pregunta el Santo: ¿Es que hay más de una paz? ¿Por qué no se disfruta siempre de la paz? Este es el grave problema que Agustín se plantea y que resuelve magistralmente en los capítulos que podríamos llamar «*la filosofía de la Paz*».

La Paz Universal

Con gusto transcribiríamos los capítulos en que Agustín explana la noción de paz. Pero tendremos que contentarnos con un resumen de su doctrina. Y primeramente notemos el título con que encabeza el capítulo 13 del libro 19: «*De la paz universal, la cual, según las leyes naturales, no puede ser turbada hasta que, por disposición del Justo Juez, alcance cada uno lo que por su voluntad mereció.*»

Para llegar a una definición de la *paz universal*, San Agustín encuadra el universo en el marco que le corresponde, y establece una gradación admirable que ilumina genialmente el concepto universal de paz. Comienza así:

La paz del cuerpo es la ordenada disposición y templanza de sus partes. La paz del alma irracional, la ordenada quietud de sus apetitos. La paz del alma racional, la ordenada conformidad y concordia de la parte intelectual y activa. La paz del alma y del cuerpo la vida metódica y la salud del viviente. La paz del hombre mortal y de Dios inmortal, la concorde obediencia a la fe bajo la ley eterna. La paz de los hombres, la ordenada concordia. La paz doméstica, la conforme uniformidad que tienen en mandar y obedecer los que viven juntos en una casa. La paz de la ciudad, la ordenada concordia que tienen los ciudadanos y vecinos en ordenar y obedecer. La paz de la ciudad celestial, la ordenadísima y conformadísima sociedad establecida para gozar de Dios, y unos de otros en Dios. *La paz universal, la tranquilidad del orden; y el orden no es otra cosa que la disposición de cosas iguales y desiguales que da a cada una su lugar.*

La tranquilidad del orden

Pax est tranquillitas ordinis. La paz es la tranquilidad del orden. ¡Magnífica y genial definición que encierra en sí cuantas consecuencias se deben derivar de ella! No es

la paz un hábito, no es una virtud infusa ni adquirida, no es una cualidad inherente en nuestra alma; es un efecto, es una consecuencia del orden; es aquella tranquilidad que se siente cuando todo está ordenado. Cuando todos los miembros de un cuerpo están en su lugar y todos los órganos ejercen sus funciones regularmente, se disfruta de buena salud: hay paz en el cuerpo. El dolor es un indicio de que hay algo en el organismo que no está en su lugar. Falta entonces la paz corporal.

Si, pues, la paz es un efecto, no podremos obtenerla sin la causa; si queremos la paz, hemos de querer el orden que la produce.

Ahora bien; la razón nos enseña y la experiencia nos lo confirma que el orden del mundo depende del de cada una de sus naciones; el de éstas del de cada una de sus ciudades; el de la ciudad del de cada una de las familias que la integran; el de las familias, del de cada uno de sus miembros. Resulta, pues, que el orden universal, y consiguientemente, la paz de la Humanidad, estriba en el orden de los individuos. Si queremos la paz del mundo, hemos de comenzar por pacificarnos a nosotros mismos.

Y también en nosotros mismos la paz nacerá del orden. El hombre es un compuesto de alma y cuerpo, de espíritu y materia. Cada una de estas partes es principio de tendencias y aspiraciones en el hombre que la atraen e inducen muchas veces a extremos contrarios, tan contrarios y opuestos, como contrarias y opuestas son las causas que los producen. De aquí que en cada uno de nosotros sintamos como dos personalidades distintas que S. Pablo llama carne y espíritu, hombre terreno y hombre celeste, hombre viejo y hombre nuevo, hombre exterior y hombre interior. Ya se ve que el recto orden exige que lo interior regule lo exterior, lo nuevo se imponga a lo viejo, el espíritu domine sobre la materia, lo celestial prevalezca sobre lo terreno.

La paz del cuerpo se contenta con la ordenada disposición y funcionamiento de sus partes; la paz del alma exige el ordenado descanso de sus apetitos; la paz del alma y del cuerpo es la ordenada armonización del compuesto. Mientras la parte inferior no ocupe el lugar que le corresponde, mientras la carne recalitre contra el espíritu; en otras palabras, mientras las pasiones no estén domadas, mientras los apetitos sensitivos no obedezcan a la razón, habrá en nosotros desorden y, por consiguiente, no tendremos paz. Por esto dice la Escritura que no hay paz para los impíos, porque siguen siempre los impulsos de sus apetitos carnales. Por el contrario, los justos siempre disfrutaban de paz interior, porque sujetan sus pasiones.

Pero todavía hay más. Poseemos un alma racional capaz de conocer un orden moral con derechos y obligaciones, y de descubrir una ley a la que nos hemos de sujetar. El buen orden, o sea la paz que buscamos, consistirá para el alma racional en la conformidad entre el conocimiento y la ejecución. Que no nos contentemos con conocer la ley sino que la cumplamos.

Más aún. Porque tenemos un alma con entendimiento capaz de discurrir, no podemos descansar sino en la posesión de la verdad, y como a causa de la flaqueza humana es imposible que no caigamos en error, nos es de todo punto necesario un magisterio infalible al que con seguridad nos adhiramos, y una ayuda poderosa para que libremente lo sigamos. Este magisterio infalible no puede ser humano, ña de ser divino y divina esta ayuda. Todo, pues, lo hemos de subordinar a Dios de quien, por otra parte, dependemos por ser nuestro Creador y Señor.

Pero al sujetarnos a Dios, nos hemos de sujetar a su ley, ley que se reduce a dos preceptos: amor a Dios y al prójimo por Dios. Los cuales dos preceptos importan tres amores: a Dios, a sí propio y al prójimo. Y así resulta que en la paz con Dios se funda la paz con nuestros semejantes y en particular la paz doméstica. ¡Si el tiem-

po nos permitiera explicar estos conceptos, cuántas enseñanzas de ellos deduciríamos! ¡Tantas familias desgraciadas a pesar de sus riquezas; tantas familias infelices, a pesar de que no les faltan bienes materiales; tantas conciencias atormentadas, a pesar de gozar de toda suerte de relaciones sociales! ¡Miren sus relaciones con la ley natural y la ley positiva de Dios y hallarán allí la causa del desorden, de la falta de paz! Mas, sigamos el raciocinio de San Agustín que estamos penosamente resumiendo.

En el orden natural ya estaríamos satisfechos con el orden que nacería de tener los apetitos inferiores subordinados a los superiores, éstos a la razón, y ésta a Dios, y en observar las relaciones mutuas que nuestro estado social nos impone. Nuestras aspiraciones naturales de felicidad serían cumplidas, estaríamos en posesión de la paz anhelada.

Mas la bondad de Dios quiso derramar sobre nosotros toda la infinidad de sus tesoros, y dispuso que el objeto adecuado de nuestra felicidad fuese El mismo. Pero como existía en nuestra imperfecta naturaleza imposibilidad física de abarcar y poseer un objeto infinito, ideó una de las más grandes maravillas de su sabiduría infinita: nos infundió la gracia con la que nos hizo superiores a nosotros mismos, nos elevó sobre nuestra misma naturaleza nos divinizó, nos adoptó por hijos, y nos enriqueció de tal manera que llegáramos a ser semejantes a El, porque le veremos tal cual es. Si, pues, nuestro fin es Dios, y nuestra felicidad está en Dios y es el mismo Dios, no nos podrá saciar cosa alguna que no sea el mismo Dios. Estaremos inquietos y desasosegados hasta que no poseamos a Dios. Nuestra paz está en Dios y será Dios.

Pero este orden sobrenatural de relaciones con Dios quedó desbaratado por el pecado. El hombre al pecar rompió el vínculo que lo unía con Dios, perdió el derecho y la potencia de adquirir la visión beatífica, aun cuando perseveró el designio de Dios, de ser El el único objeto de nuestra suprema felicidad. Quedamos, pues, los hombres en un estado desgraciadísimo, que un Santo Padre llegó a comparar a los condenados del infierno: por una parte, deseos vehementísimos de felicidad, con conocimiento, por revelación, de que sólo pueden saciarse con la posesión de Dios; por otra, una distancia infinita, infranqueable entre nosotros y Dios, e impotencia absoluta, por nuestra parte, de restablecer el orden perturbado. Necesariamente quedábamos en un estado de inquietud por no decir de desesperación: nuestros anhelos de paz quedarían necesariamente e irremediabilmente frustrados. ¿Cómo podríamos gozar de la paz, que está en la tranquilidad del orden, si no podíamos ordenar nuestras relaciones con Dios?

La Virgen y la paz

A sacarnos, pues, de este estado miserable, a restablecer el orden perdido, a traernos la paz; por un prodigio de amor, de que sólo era capaz un poder infinito, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad bajó del cielo a la tierra para unir la tierra al cielo, Dios se hizo hombre para unir al hombre con Dios. El orden quedaba restablecido, la paz había vuelto a la tierra.

La paz es obra de Jesús; y la obra pacificadora de Jesucristo fué la Encarnación y la Redención en la Cruz. En la Encarnación juntó en sí las dos naturalezas, divina y humana, o como diría el Apóstol San Pablo: «El [Cristo] es nuestra paz por cuanto hizo de los dos uno, y derribó el muro de la valla interpuesto... para hacer en sí mismo de los dos un solo hombre nuevo haciendo paz» (Efes. 2, 14-15). En la cruz consumó la obra reconciliadora

de la naturaleza humana con Dios, como se expresa el mismo Apóstol: «nos pacificó... por cuanto reconcilió a entrambos [hombre viejo y nuevo] en un solo cuerpo con Dios por medio de la cruz, matando en ella la enemistad; y venido anunció la paz a vosotros [los gentiles] que estabais lejos, y paz a los que estaban cerca; pues por El tenemos abierta la entrada entrambos en un mismo Espíritu al Padre» (id. 16-18).

Y, ¿quién ignora la parte que a la Virgen Santísima cupo en esta *pacificación* de la Humanidad?

La Encarnación, es decir, la unión de las dos naturalezas, divina y humana, en la Persona del Verbo Divino, se realizó en las entrañas de la Virgen María. Y al decir en las entrañas, no queremos decir que las entrañas de la Santísima Virgen fué *el lugar* en que se realizó esta maravillosa obra, como si dijéramos que en determinado salón se han reunido dos personajes para una entrevista; sino que la Virgen tomó parte activa en la obra de la Encarnación, no solamente *cediendo* (valga la expresión) *el lugar* de su propio seno, sino contribuyendo ella misma con la cooperación de su mismo cuerpo, dando la materia de que la formó el cuerpo de Jesús, cuerpecito que se fué desarrollando en el seno maternal de la manera que sólo Dios sabe, como decía a sus hijos la madre de los Macabeos, y que con más razón podemos aplicar en el presente caso.

Pero hubo todavía más. No fué sólo una cooperación material la de la Virgen a esta obra *materialmente* pacificadora; fué precisamente su cooperación formal la que más la hace partícipe en ella. Se complacen los Santos Padres en representarnos el momento sublime en que Dios, llegada la plenitud de los tiempos, decidió que se realizaran sus planes eternos de redimir al hombre. Pero en sus planes estaba también el que dependiera de la voluntaria aportación de la Madre futura de Dios el que esta obra se realizara, Dios no quería coaccionar a nadie, ni siquiera a su Madre. Cautiva el dramatismo (llamémosle, si queremos, antropomorfismo) con que nos representan la escena de la Anunciación. Dios envía al Arcángel San Gabriel con el mensaje (S. Juan Damasceno nos diría que con una carta) para la Virgen; se presenta el celestial nuncio, hace la propuesta y espera con emoción la respuesta. Desde lo alto de los cielos la Santísima Trinidad está aguardando la vuelta del Angel para saber qué ha decidido María. La expectación es sólo comparable con la alegría que se experimenta en el cielo cuando rápido vuelve Gabriel con el asentimiento de la Madre de Dios. Sin el dramatismo oriental, pero con la precisión y fuerza occidental se expresan de semejante manera S. Bernardo y Santo Tomás de Aquino, cuando nos dice este último que la Virgen en el dar el sí de consentimiento «personam gerebat generis humani».

Y si la pacificación del linaje humano se consumó en la Cruz, ¿no estaba allí sacrificándose también la Santísima Virgen? Cristo en la Cruz se ofrecía al Padre como hostia inmaculada al mismo tiempo que era la víctima del Sacrificio. Esta Hostia, nos dice Pío X, la amasó la Santísima Virgen y ella misma la ofreció también en el altar de la Cruz, al propio tiempo que ella, en unión de su Hijo, ofrecía el propio sacrificio de Madre.

Con mucha razón, pues, la Iglesia, al resumir en la Oración del día de la Natividad de la Santísima Virgen las consecuencias y frutos especiales de aquel nacimiento, suplica a Dios: «Te rogamos, Señor, cóncedas a tus siervos el don de la gracia celestial, a fin de que, a quienes el fruto de la Bienaventurada Virgen fué principio de salvación, la fiesta votiva de su Natividad les produzca aumento de paz.»

Francisco de P. Solá, S. J.

NUEVO PRENUNCIO DE VICTORIA

«Mi Corazón Inmaculado triunfará»

«Fátima es la manifestación del Corazón Inmaculado de María al mundo actual. Es en cierto modo la continuación, o mejor, la conclusión de Paray le Monial; reúne aquellos dos Corazones —el de Jesús y el de María— que el mismo Dios unió en la obra divina de la redención de los hombres. Es un mensaje que nace de su Corazón de Madre...»

(Emmo. Sr. Cardenal-Patriarca de Lisboa)

¡La Madre! Palabra llena de profundo significado, evocadora de los más dulces recuerdos. Ella, la que enseña a andar al pequeño y con amorosa y alegre paciencia le sostiene y dirige en sus primeros, vacilantes pasos. Cuando transcurran los años por venir y aquellos pies, tal vez pródigos, hayan corrido en largas y fatigosas jornadas los caminos escabrosos de la vida, ella, la primera, acudirán a su lado para hacerle oír palabras de perdón, enjugar de nuevo sus lágrimas y de nuevo enseñarle a levantarse y caminar.

Dichoso el hombre que sabe elevar los ojos al Cielo e invocar a la Reina soberana poniendo en sus labios la dulcísima palabra que sólo a María puede aplicarse en toda su plenitud: ¡Madre nuestra!

MENSAJES DE MARIA

En la mañana del venturoso 8 de diciembre de 1854 una alegría inmensa hace estremecer, hondamente conmovido, el corazón de todos los hijos de la Iglesia; los que han podido acudir a la Ciudad Eterna se agolpan cobijados bajo la cúpula de San Pedro, y en río desbordado llenan la plaza y sus alrededores.

La voz majestuosa del Pontífice supremo, Pío IX, que en estos momentos enseña, infalible, la verdad eterna, se muestra conmovida al declarar a María INMACULADA desde su concepción; y los fieles del mundo entero, al acoger las augustas palabras, repiten con renovado y fervido entusiasmo el saludo del Ángel: ¡Ave, gratia plena!

¿Pero es esto todo?

En medio de aquella grande y general alegría el Doctor y Pontífice máximo parece concentrar su mirada profunda y presenciar, tal vez no muy en lontananza, aquella última y definitiva lucha descrita en el Apocalipsis con rasgos de vivísimo colorido: duelo a muerte entre la Mujer misteriosa, figura de María, y la Bestia infernal. Y en el momento en que con autoridad suprema ha enseñado al mundo lo que debe creer respecto de su augusta Reina, quiere también expresarle en palabras consoladoras lo que le es dado esperar como resultado de su magnífico triunfo: «ESPERAMOS CON LA MAS FIRME ESPERANZA Y LA CONFIANZA MAS COMPLETA, QUE POR EL PODER DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA, LA IGLESIA NUESTRA MADRE, LIBRE DE TODOS LOS OBSTACULOS Y VICTORIOSA DE TODOS LOS ERRORES, FLORECERÁ EN EL MUNDO ENTERO, VOLVERÁ AL CAMINO DE LA VERDAD A TODAS LAS ALMAS QUE SE EXTRAVÍAN, DE TAL SUERTE QUE NO HABRÁ YA SINO UN SOLO REBAÑO Y UN SOLO PASTOR».

¡Cómo se conmueve también en el Cielo la Virgen sacrosanta ante la confianza y amor de sus hijos! No tardará en bajar a la tierra, una y otra vez, para mostrar al pueblo fiel que no en vano, siguiendo la orientación y la voz de su Pontífice, ha puesto en Ella todas sus esperanzas como corredentora y medianera para con Jesucristo, mayormente en las horas graves que el mundo atraviesa.

Cierto que al escuchar las palabras alentadoras de Pío IX, «algunos católicos —como indica el Padre Ramière— esperarían tal vez una intervención inmediata de la Virgen Inmaculada, con la persuasión de que en un momento los enemigos de la Iglesia, derribados como San Pablo en el camino de Damasco, quedarían transformados en servidores fieles» (1).

Si no es este el plan ordinario de la Providencia en la economía de la gracia respecto de los individuos en particular, menos puede serlo en cuanto a la sociedad entera. El amor de Dios, delicadísimo al respetar el don precioso de la libertad humana para hacer al hombre acreedor por decirlo así, con

perfecto derecho, a sus magníficas y eternas recompensas, se ve frecuentemente rechazado. Pero en su presciencia infinita conoce el curso de los acontecimientos humanos hasta el fin de los tiempos, y nada le impide descubrir por un momento el velo para manifestar al mundo por medio de divinos mensajes, si esos hombres y esas sociedades, ahora ciegos y sordos a su voz, volverán por fin un día al redil del Buen Pastor, instados por nuevos y amorosos llamamientos, a la vez que decepcionados y abiertos ya los ojos ante el fracaso de todos los medios humanos en que por tanto tiempo confiaron.

¿No se ha escuchado ya la voz amorosa del Señor manifestándose a la feliz vidente de Paray y prometiendo al mundo que su Corazón divino triunfará?

Cuando llegue la hora señalada, su Madre benditísima será de nuevo la esplendorosa aurora que anuncie y prepare el despertar del nuevo y feliz día en que habrá de reinar en el mundo, como Madre, juntamente con él, por libre y espontáneo reconocimiento de una sociedad mil veces más dichosa que la nuestra.

Y María prepara los caminos del Señor con maternales mensajes.

Sólo cuatro años han transcurrido desde el momento de la definición dogmática de que hemos hablado y ya desciende a la campiña fresca y risueña de Lourdes; posando su planta virginal en la gruta de Massabielle: «YO SOY LA INMACULADA CONCEPCION», declara en solemne confirmación de las palabras del Pontífice; y respondiendo a la vez a sus esperanzas que reclaman la mediación de la celestial Reina, pide al mundo la preparación que le exige, por cuanto necesaria, para derramar sobre él a torrentes las gracias que por voluntad de su divino Hijo le reserva: «Penitencia, penitencia», repite. Y tanto desea inculcar el espíritu de oración que Ella misma, como buena y cariñosa Madre que con su ejemplo ha de enseñar y alentar a sus hijos pequeñitos, va pasando lenta y silenciosamente las cuentas de su Rosario.

¿Entendió el mundo católico su mensaje de oración y penitencia como supo comprender las alegrías y las glorias de su triunfo? ¿Será preciso que nuevas convulsiones sociales y más intensas luchas fratricidas hagan sentir al hombre la trágica inminencia del peligro?

Ciertamente, «el estudio de las vías seguidas por la Providencia en lo pasado induce a creer que el triunfo total de la Iglesia sobre sus enemigos no vendrá sino cuando éstos hayan desatado contra ella todo su furor y parezca que han logrado completa victoria» (2).

Momentos difíciles los que le han de preceder. ¿No hemos entrado tal vez en sus comienzos? Todo parece indicarlo. Pero si un tiempo el pueblo escogido fué salvado del Ángel exterminador en gracia a la señal convenida, marcada en sangre sobre el dintel de sus puertas, ¿dejará de reconocer el Señor en las actuales generaciones el sello de sus divinas misericordias con que nos ha marcado y distinguido, al inspirar a Su Santidad León XIII que consagrara a la Humanidad entera al Corazón de Jesucristo? He aquí nuestro timbre de gloria, si sabemos aprovecharlo, y el motivo de esperanza en medio de tanta humillación.

No; no nos dejará la Virgen Inmaculada. Mostrará que es nuestra Madre, descenderá de nuevo a la tierra.

He aquí que en la primavera de 1917, al tiempo que Europa se desangra en una guerra cruel, cuando en Rusia está próxima a establecerse la era comunista y el Pontífice entonces reinante, Benedicto XV, alarmado ante tanta desgracia, se dispone a ordenar la invocación: ¡«Regina Pacis, ora pro nobis!» en el rezo de las letanías lauretanas, se manifiesta María al mundo precisamente en la bendita tierra portuguesa, que acaba de

(1) «Les Espérances de l'Eglise». P. Enrique Ramière.

(2) «Les Espérances de l'Eglise». P. Enrique Ramière.

sufrir también la vehemencia del odio anticlerical e irreligioso. Y desde allí habla claramente a sus hijos cómo Medianera de esa paz ansiada, que es prenda y es premio del Reino de Cristo. Y les ofrece todo su inmenso corazón de madre con la más dulce de las promesas: «MI CORAZÓN INMACULADO TRIUNFARÁ.»

¿Lugar que escoge la Reina de los Cielos para este su último y misericordioso mensaje?

¡FATIMA!

Pueblecillo pobre y antiguo, de nombre netamente árabe, su origen se pierde en remota y piadosa leyenda. Oculto en uno de los contrafuertes de la Sierra de Aire, a unos 100 kilómetros de Lisboa, se halla casi en el centro de la hermosa Nación portuguesa; pero hace tan sólo una veintena de años ¿quién hubiera recordado su nombre? Ciertamente que sus alrededores fueron en el siglo XII escenario de gloriosas luchas en la guerra contra el Islam, como lo fueron también en las batallas por la independencia portuguesa. En memoria de esta última victoria lograda en la vigilia de la Asunción de María del año 1385, el Rey Juan había levantado un magnífico templo a Nuestra Señora de la Victoria, y anejo un convento que se llamó de la «Batalla», y fué luego confiado a los Padres Dominicos, los cuales con tanto celo propagaron por toda aquella comarca la devoción del Santo Rosario, que arraigada en el pueblo y conservada hasta nuestros días ha sido hermosa preparación a las gloriosas jornadas que hacen que hoy día el eco de Fátima resuene en el mundo entero con el deje de lo sobrenatural.

EN LO ALTO DE LA SIERRA

Es el 13 de mayo de 1917. Tres pastorcillos de Aljustrel, aldea dependiente de Fátima, caminan alborozados, pisando brezos y cañejas por lo alto de la Sierra. Lucía, la mayor, cuenta diez años de edad y sus primitos Francisco y Jacinta tienen nueve y siete respectivamente. Hoy han reunido sus ovejas y para apacentarlas se dirigen a la «Cova da Iria», es decir, cuenca o valle de Iria, así llamado por la configuración del terreno que semeja un inmenso anfiteatro. En aquel apartado erial, los parientes de Lucía poseen una pequeña propiedad.

¡Qué bonito domingo de cielo azul y sol esplendoroso! Los tres niños han almorzado ofreciéndose mutuamente sus pequeñas provisiones, pan de centeno, queso y aceitunas. Es la hora del mediodía y no olvidarán el rezo del Rosario. Aunque traviesos y no exentos de los defectos y pasioncillas propias de su edad, aman mucho a la Virgen y a Jesús que saben oculto por su amor en el Sagrario, y les ofrecen sus infantiles sacrificios. Cuando hayan contemplado a la Reina de los Cielos, que ahora les hablará, subirán en rápida ascensión el atajo hacia la santidad. Pero es preciso hacer notar que a las gracias de la ce-



lestial Señora han sabido disponerse con su buena voluntad y los pequeños esfuerzos que en su corta edad han podido ofrecer al Señor.

Casi un año ha pasado desde que un Ángel, precediendo a la Reina de los Angeles en celestial embajada, les había enseñado a orar y ofrecer sacrificios por las almas pecadoras, orientando ya sus pensamientos hacia los grandes problemas del orden sobrenatural. Largo tiempo para aquellas imaginaciones infantiles, diríase que han casi olvidado al celestial mensajero. Hoy, rezada su parte del Rosario, se disponen a comenzar su juego predilecto: la construcción de pequeñas chozas; no les falta abundante material: piedras, ramas secas por el suelo.

ANTE LA REINA DEL CIELO — «¿QUEREIS?»

Son las doce y el sol está en el cenit. He aquí que el reflejo vivísimo de una luz, algo así como un relámpago, deja a los niños sobrecogidos.

¿Será una tormenta que se avecina?

Interrogan con su mirada al cielo, pero ni la más tenue nubecilla empaña la inmensidad azul del firmamento. No obstante, temerosos, reúnen sus ovejas y a toda prisa las empujan por la cuesta hacia la derecha. Otra claridad más intensa y sobre la copa de una encina, una aparición celestial que irradiaba suavísima luz en la que han quedado envueltos. Según descripción de Lucía, «era una Señora vestida de blanco, más brillante que el sol». De sus manos juntas ante el pecho pende un Rosario. Sus labios se abren, acomodando el lenguaje a la tierna edad de los videntes:

—«¡NO TENGÁIS MIEDO, YO NO OS HARÉ NINGÚN DAÑO!»

Lucía se atreve a hablar y se entabla el diálogo.

—«¿Usted de qué pueblo es?»

—«SOY DEL CIELO.»

—«Y ¿qué es lo que usted me quiere?»

—«HE VENIDO A PEDIROS QUE VENGÁIS AQUÍ, A ESTA MISMA HORA, EL 13 DE CADA MES, POR SEIS VECES SECUIDAS. EN OCTUBRE OS DIRÉ QUIÉN SOY Y QUÉ COSA QUIERO DE VOSOTROS.»

Continúa el diálogo y por fin les dice:

—«¿QUEREIS OFRECEROS AL SEÑOR DISPUESTOS A SACRIFICAROS Y ACEPTAR CON GUSTO LAS PENAS QUE ÉL QUIERA ENVIAROS, EN REPARACIÓN DE TANTOS PECADOS CON LOS QUE SE OFENDE A LA DIVINA MAJESTAD, PARA ALCANZAR LA CONVERSIÓN DE LOS PECADORES Y EN REPARACIÓN DE LAS BLASFEMIAS Y DE TODAS LAS OFENSAS HECHAS AL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA?»

—«¡Sí, lo queremos!»— responde Lucía en nombre de los tres.

—«TENDRÉIS QUE SUFRIR»— les anuncia la Señora—. «PERO LA GRACIA DE DIOS OS CONFORTARÁ.»

Y diciendo esto, separó las manos que tenía juntas, irradiando sobre los videntes un haz de luz misteriosa, tan intensa y a la vez tan íntima que, según testimonio de Lucía, «penetrándonos en el pecho hasta lo más íntimo del alma, nos hizo ver a nosotros mismos en Dios más claramente que en el espejo más terso... Entonces, por impulso irresistible, caímos de rodillas, repitiendo intensamente: ¡Oh Santísima Trinidad, yo os adoro! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Yo os amo!...»

La Señora, como última recomendación, les dice:

—«REZAD EL ROSARIO TODOS LOS DÍAS CON DEVOCIÓN PARA OBTENER LA PAZ DEL MUNDO.»

El diálogo, que hemos abreviado, ha durado unos diez minutos.

La paz; la guerra. ¿Qué impresión debieron producir estas ideas en aquellos inocentes niños que sólo conocían sus pequeñas querellas infantiles? Ellos obedecen, y desde aquel día se entregan con austeridad de cenobita a todos los sacrificios que en su sencillo ingenio han sabido inventar.

Y crece en ellos, grande, intenso, el amor a aquella Señora que adivinan ya ser la Virgen María.

Se han prometido mutuamente secreto, mas la pequeña Jacinta, así que llega a su casa, se lo ha contado todo a su madre, que está muy lejos de dar crédito a tan interesantes narraciones.

Permiso de Dios, para sus altos fines. La noticia se divulga y al acudir los niños a la cita en meses sucesivos, eran primero unos cuantos, luego varios miles, las personas que les acompañaron.

Detenernos en cada una de las manifestaciones, sería alargar excesivamente este relato. Ni nos será posible detallar cuánto hubieron de sufrir los pequeños videntes por parte del entonces masón y anticlerical Alcalde de Villa Nova de Ourem, a cuyo distrito pertenece Fátima. Diremos tan sólo que levantó contra los inocentes niños una verdadera persecución, seguida de encarcelamiento y penosos interrogatorios, con la amenaza de arrojarlos a una caldera de aceite hirviendo.

En cuanto a las palabras de la Virgen en las siguientes apariciones, dejando de lado las dirigidas principalmente al bien espiritual de los videntes, transcribiremos las que constituyen propiamente el mensaje de María al mundo. Algunas ideas se repiten en las diferentes manifestaciones: el encargo del rezo del Rosario, de ofrecer sacrificio por los pecadores, ya que muchas almas se pierden porque no hay nadie que se sacrifique y

PLURA UT UNUM

ruegue por ellas... la idea de la reparación por tantos ultrajes... la plegaria por la paz...

EL CORAZON INMACULADO DE MARIA

Las más grandes confidencias de la Reina de los Cielos, guardáronlas los niños en secreto, por encargo de la misma Señora; sólo años más tarde, Lucía, que abrazó el estado religioso, obedeciendo a su Director espiritual, así como a nuevos deseos del Señor, y luego al mandato del señor Obispo de Leiria, las fué exponiendo en dos documentos por escrito.

Transcribimos de las referidas versiones:

La celestial Señora les dijo:

—«A JACINTA Y FRANCISCO VENDRÉ A LLEVÁRMELOS PRONTO (3). TÚ, EMPERO, DEBES PERMANECER AQUÍ ABAJO MÁS TIEMPO. JESÚS QUIERE SERVIRSE DE TI PARA HACERME CONOCER Y AMAR. ÉL QUIERE ESTABLECER EN EL MUNDO LA DEVOCIÓN A MI CORAZÓN INMACULADO... ESTE SERÁ TU REFUGIO Y EL CAMINO QUE TE CONDUZIRÁ A DIOS.»

En el documento escrito por mandato expreso del señor Obispo explica más tarde la visión que tuvieron del infierno y en la que contemplaron demonios y almas en forma humana semejantes a brasas encendidas, lanzadas en todas direcciones como chispas de un gran incendio. Penosa pero necesaria preparación para que aquellas almas inocentes fueran capaces de comprender la última y principal parte del mensaje.

—«HABÉIS VISTO EL INFIERNO —les dice la Señora— ADONDE VAN A PARAR LAS ALMAS DE LOS POBRES PECADORES. PARA SALVARLOS, EL SEÑOR QUIERE ESTABLECER EN EL MUNDO LA DEVOCIÓN A MI CORAZÓN INMACULADO. SI SE HICIERE LO QUE OS DIRÉ, MUCHAS ALMAS SE SALVARÁN Y VENDRÁ LA PAZ.»

«LA GUERRA VA A TERMINAR; PERO SI NO CESAN DE OFENDER AL SEÑOR, NO PASARÁ MUCHO TIEMPO, EN EL PRÓXIMO PONTIFICADO (DE PÍO XI) EMPEZARÁ OTRA PEOR.»

«CUANDO VEÁIS UNA NOCHE ILUMINADA POR UNA LUZ DESCONOCIDA, SABED QUE AQUELLO ES LA GRAN SEÑAL QUE OS DA DIOS DE QUE ESTÁ PRÓXIMO EL CASTIGO DEL MUNDO POR SUS TANTOS DELITOS, MEDIANTE LA GUERRA, EL HAMBRE Y LAS PERSECUCIONES CONTRA LA IGLESIA Y CONTRA EL SANTO PADRE.»

«PARA IMPEDIRLO VENDRÉ A PEDIR LA CONSAGRACIÓN DEL MUNDO A MI CORAZÓN INMACULADO Y LA COMUNIÓN REPARADORA LOS PRIMEROS SÁBADOS DE MES. SI FUERAN ATENDIDAS MIS SÚPLICAS, RUSIA SE CONVERTIRÁ Y HABRÁ PAZ. DE OTRA SUERTE, UNA PROPAGANDA IMPÍA DIFUNDIRÍA POR EL MUNDO SUS ERRORES, SUSCITANDO GUERRAS Y PERSECUCIONES CONTRA LA IGLESIA; MUCHOS BUENOS SERÁN MARTIRIZADOS, Y EL PADRE SANTO TENDRÁ MUCHO QUE SUFRIR; VARIAS NACIONES SERÁN ANIQUILADAS...»

«AL FIN MI CORAZÓN INMACULADO TRIUNFARÁ.» — Y da a entender que un día Rusia se convertirá y se concederá al mundo una pausa de paz.

Hasta aquí el relato de Lucía.

También la pequeña Jacinta repetía, próxima a morir, entre enero y febrero de 1920 (4): «Si los hombres no se enmiendan, el Señor enviará al mundo un castigo como nunca se ha visto igual; y primeramente a España». Y hablaba del principio de grandes acontecimientos mundiales para 1940.

Ya anteriormente, en la época de las apariciones, se le había oído exclamar: —«¡Lucía! ¿Has visto al Padre Santo? No sé cómo ha sido, pero le he visto en una casa muy grande, arrodillado, con el rostro entre las manos, y lloraba. Afuera había mucha gente; algunos tiraban piedras; otros decían imprecaciones y palabrotas. ¡Pobre Padre Santo!»

(3) Murió Francisco Marto en Ajustrel, de una bronconeumonía, el viernes 4 de abril de 1919. Su hermana Jacinta falleció en Lisboa y en el orfanato que la acogió en los últimos días, el viernes 20 de febrero de 1920.

(4) Según lo atestigua la Superiora del orfanato donde murió Jacinta. Carta del 19 y 30 noviembre de 1937.

Y en otra ocasión: —«¡Mira!... ¿no ves muchos caminos, senderos y campos llenos de gente, que llora de hambre y no tiene nada para comer? ¿Y al Padre Santo en una iglesia al lado del Corazón de María, rezando? ¿Y mucha gente rezando con él?»
¡Grande y misericordioso el Señor que revela estas cosas a los pequeñuelos!

Mas era necesario que el mundo diera fe a la palabra de los niños. Y para muchos espíritus prevenidos o poco crédulos, ni el grandioso contenido del mensaje revelado a simples pastorcillos en tan temprana edad, ni el prodigio aun mayor de santidad obrado por María en el alma de los pequeños videntes, del que dieron pruebas manifiestas, hubieran bastado a rendirles a la veracidad de sus afirmaciones.

Pero la Virgen, al fin nuestra Madre, siempre buena y misericordiosa: «YO HARÉ UN MILAGRO PARA QUE TODO EL MUNDO PUEDA CREEROS», promete a Lucía, que se lo ha pedido, suplicante. Y en la última aparición, que corresponde al 13 de octubre, a la hora exactamente señalada, cierra con broche de oro en breves palabras de despedida, y rubrica con el signo del milagro cuanto les ha ya manifestado:

—«YO SOY NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO. YO HE VENIDO PARA EXHORTAR A LOS FIELES A QUE CAMBIEN DE VIDA Y NO AFLIJAN MÁS CON EL PECADO A NUESTRO SEÑOR, YA DEMASIADO OFENDIDO; A QUE RECEN EL SANTO ROSARIO Y HAGAN PENITENCIA POR SUS PECADOS.»

Y al alejarse, les muestra con un gesto de la mano la dirección del disco solar.

Se produce el hecho portentoso. Cesa al instante la lluvia y el sol comienza a girar vertiginosamente lanzando ráfagas de luz en variadísimo colorido; parece a veces desprenderse del cielo y caer sobre la multitud atemorizada. Acabado el fenómeno solar, toda aquella gente calada por la lluvia, se encuentra súbita y completamente seca.

Aunque en gran manera interesante, no nos hemos detenido en detallar más un hecho ya de todos conocido. Presenciado por más de 70.000 personas, la Prensa portuguesa y extranjera habló de ello en su día largamente, y con superior autoridad lo describe el señor Obispo de Leiria en su Carta Pastoral sobre el culto a Nuestra Señora del Rosario de Fátima (5).

¿Ha comprendido el mundo católico el mensaje de su Reina y Señora?

Un peligro nos parece que puede anublarlo ante sus ojos: El dormirse en la confianza —cosa que encaja a maravilla con nuestra natural tendencia a la comodidad— de que todo lo malo, con tan impresionantes palabras anunciado, ha pasado ya. Confianza que en no pocas ocasiones se acompaña a su vez de un modo de pesimismo que no acierta a vislumbrar pueda venir para nuestro triste mundo ninguna época mejor. Todos los tiempos fueron malos. Es frase consagrada.

¿No será más sensato que apliquemos todo nuestro esfuerzo a cumplir los deseos y atender las graves amonestaciones de nuestra Madre benditísima, suplicándole nos libre de los males inmensos que pueden sobrevenir a esta desgraciada sociedad, si se hace todavía sorda a su voz? ¿Y que sobre todo, por encima de esos temores, pongamos en Ella, toda, toda nuestra confianza?

¡Su Corazón Inmaculado triunfará!

¡Su Corazón Inmaculado triunfará!
Y como canta David en su visión profética, añadimos con entusiasmo:

A la derecha del Rey, está la Reina con vestidura recamada en oro y engalanada con variados adornos. (Salmo 44)

Maria-Luisa de Aranzadi

(5) Vide: «Las Maravillas de Fátima», por el P. Fonseca, S. I. «Era una Señora más brillante que el Sol», por el P. Joao de Marchi, I. M. C.



REGINA PACIS

INMACULADA

«Antes de que la tierra fuese hecha ya estaba yo concebida en el plan divino.» Así dice Salomón en el libro de los Proverbios de la mujer que en el seno de la Trinidad beatísima fué predestinada para ser en todos los tiempos la promesa de paz y esperanza, la flor pura y misteriosa que como prenda de reconciliación regalaría al mundo el fruto dulcísimo del mismo Dios, y que la Iglesia llamaría INMACULADA.

* * *

Hace miles de años. El mundo era joven y magnífico en su salvaje esplendor. La humanidad amanecía. En el Paraíso vivían los reyes de la creación, felices, inmortales, gozando del precioso y temible don de la libertad. Eva, inquieta y curiosa, se acerca al árbol prohibido; la serpiente le promete un conocimiento nuevo: el mal. Le ofrece el poder: será como Dios, y sucumbe al hechizo de la tentación. Adán, consternado, mide todo el alcance de la culpa, pero Eva ¡es tan hermosa! ¡son tan suaves sus abrazos y tan dulces sus caricias! Le extravía una falsa compasión, ¿cómo ha de abandonarla en la desgracia? y ¡fatal decisión! consciente, peca también.

Se rompe el equilibrio del plan divino; pierden los carismas con que habían sido dotados; pero apenas fulminado el anatema de trabajo, dolor y muerte para toda su descendencia, la piedad infinita de la misma majestad de Dios ofendida, promete que la MUJER predestinada aplastará la cabeza de la serpiente y habrá eterna enemistad entre su descendencia y la de la Mujer.

La espada flamígera del querubín cierra el camino del árbol de la vida; Adán y Eva se enfrentan con el cruel misterio del universo. Van perdidos entre selvas interminables, ríos caudalosos, páramos sin fin, arenales inmensos; se ven impotentes ante los vientos desatados, la lluvia caprichosa y el rayo feroz; sienten la pequeñez y la fragilidad humanas ante los rebaños de mamuts, de uros, de aueros; su corazón palpita como el medroso corazón de los pájaros porque todo se ha rebelado contra ellos; mil peligros les cercan por doquier y han de vivir con el continuo alerta de los débiles; la achaparrada cabeza del tigre les acecha entre los cañaverales; están expuestos al abrazo fatal del oso gris, al zarpazo del león gigante, a ser víctimas de todas las alimañas de la tierra y del aire, y hasta pueden acabar con ellos las miríadas de insectos que pululan por el bosque; pero ya en aquellos momentos, en los umbrales de la historia humana, una luz brilla ante el pavoroso porvenir: la MUJER que Dios ha prometido como iris de paz.

La malicia y la gracia se interfieren en sus hijos y la libertad individual que Dios les ha conservado se inclina hacia una u otra. Los hijos saben aborrecer y las hijas mentir. Caín, el primogénito de la humanidad, cede a la malicia; Abel responde a la gracia. Sin gustos comunes nace la rivalidad entre ellos y sus linajes. Caín cultiva la tierra y levanta una ciudad para su hijo. Abel escoge la flor de su ganado y la ofrece a Dios en holocausto. Su sacrificio es aceptado y la envidia de Caín culmina en el fratricidio. Ante el espectáculo de la muerte que su culpa ha provocado, Adán y Eva están consternados. Su mirada traduce el mutuo reproche, ¿por qué me tentaste?, ¿por qué cediste? Con su inteligencia soberana Adán ve representadas en aquella muerte violenta todos los crímenes, todas las tragedias y todas las guerras de la humanidad.

Eva, en el trágico dolor de su corazón maternal, confunde en un mismo amor al hijo asesinado y al hijo asesino. Querría resucitar al muerto y reconciliarlos a los dos en su regazo; y por una de aquellas inexplicables razones de su corazón de mujer y que la razón no entiende, su intuición femenina presentiría que la MUJER prometida podría realizar el milagro, que neutralizaría la muerte, porque no tendría pecado, porque sería INMACULADA.

MARIA, MADRE DE DIOS Y MADRE NUESTRA

Pasados muchos siglos. La esperanza se convierte en realidad. Llega la plenitud de los tiempos y en Nazaret de Galilea nace María, la bendita entre todas las mujeres, la llena de gracia, la INMACULADA, para realizar su obra de reconciliación y de paz.

Como no ha sido ni un momento su esclava, aplasta la cabeza de la serpiente; con su carne y sangre da vida humana a Jesús, Hijo del Eterno, y por ello da vida inmortal y divina a los miseros hijos de Eva, que entonces «no nacen de la carne ni de la sangre, sino que nacen de Dios» (1) y de su seno místico identificado con la Iglesia. Así funda el linaje que hará perpetua guerra al linaje de la serpiente, repara el pecado de Eva y realiza el milagro por ella presentado en el desesperado delirio de su amor maternal: no sólo hace posible el perdón del hermano fratricida, sino que la víctima se ofrezca voluntariamente para redimirlo, ofreciéndose con ella.

* * *

Muchas veces consideramos friamente el pecado de Adán y nos parece absurdo y hasta injusto que hayamos de pagar sus consecuencias, y también juzgamos con gran severidad al pueblo deicida, y encontramos dignos de castigo ejemplar sus pecados célebres como la traición de Judas, la debilidad de Pilatos, la obstinación del Sanhedrin, la crueldad del pueblo judío, la indiferencia de las diez mil personas que comieron los panes multiplicados en el monte, la ingratitude de los que habían recobrado la vista, la salud y aun la vida, la versatilidad o silenciosa estupidez de los que aclamaban el día de Ramos, y también nos parece absurdo que los mismos apóstoles, después de la tiernísima despedida de la última Cena, mientras a pocos pasos de ellos, en una cueva de Getsemani, se apuraba el cáliz más amargo que se ha visto y se verá en todos los siglos, se durmieran los tres discípulos predilectos; nos subleva la cobardía de estos mismos apóstoles abandonando al Maestro a los esbirros, lo que equivalía entregarlo a una muerte cierta, y hasta nos admiramos de que tantas cosas hayan podido suceder.

Sólo nuestra inconsciencia no nos permite apreciar, aun a simple vista, las mil ocasiones actuales que llevan nuestra aportación a los hechos que allí se exteriorizaron. ¿Quién no se ha rebelado?, ¿quién no ha traspasado la Ley?, ¿quién después de preguntar «qué es la verdad» no ha vuelto despectivamente la espalda?, ¿quién no olvida con demasiada frecuencia el alimento que le depara Dios, aun valiéndose de los medios naturales?, ¿quién se acuerda de que le ha abierto los ojos a la gracia, le ha dado la salud con los sacramentos, y sólo con muy raras excepciones no le ha resucitado?, ¿quién no aclama a Jesús por Rey cuando se presenta la ocasión propicia y calla cau-

(1) Evangelio de S. Juan.

PLURA UT UNUM

telosamente, no sólo ante un pueblo amotinado, sino ante un vulgarísimo respeto humano?, ¿quién no duerme y le deja apurar sólo en el sagrario, la cruel agonía de frialdad y desdén mil veces más punzante que la misma persecución?, ¿quién no le ha abandonado cuando le ha visto perseguido?, ¿quién no ha sido excesivamente prudente? Si sinceramente queremos ver la realidad hemos de reconocer que verdaderamente «todos en El pusimos nuestras manos».

Sí, todos somos deicidas; y teniendo en cuenta que la carne y sangre que tomó de María eran puramente humanas, con lo que vino a ser nuestro hermano y le crucificamos, todos somos también reos de fratricidio.

Entre Jesús y nosotros se renueva la tragedia de Caín y Abel, y si era preciso que María fuera INMACULADA para ser madre de Dios, también lo era para que con tanta generosidad fuera madre nuestra. Si un momento hubiera tenido la raíz de la concupiscencia no sería la madre ideal, lo que equivale al ideal del amor; y nada menos que esto necesitábamos para que entrando en el plan divino fuera la perpetua intercesora de los hijos verdugos ante el Hijo Víctima y forzara amorosamente su misericordia.

Ni un momento ha cesado en su amoroso empeño, casi podría decirse que tiene predilección por sus hijos más desgraciados y aun más desagradecidos. Nada hay más amable que su paso por la tierra, nada iguala las finezas de su amor para conquistar el nuestro, nada más maternal para atraer nuestro corazón.

«No nos es difícil creernos sus hijos puesto que la vemos mortal y sufriendo como nosotros; no se nos muestra en el esplendor de su gloria ante el cual bajaríamos los ojos, sino que, practicando las virtudes más humildes que están al alcance de todos, podemos seguir sus pasos por el camino del cielo; goza cuando Jesús la pone a nuestro nivel y dice delante de la multitud ¿quién es mi hermano, mi hermana y mi madre, sino el que hace mi voluntad?, porque así comprenderemos nosotros que somos su familia en la tierra; y hasta consiente separarse de El, cuando, desde la cruz, va a esperarnos en la gloria» (2).

Y rivalizando en amor con Jesús que se queda en el Sacramento, tampoco quiere dejarnos después de su gloriosa Asunción: identificada con la Iglesia transmitirá hasta el fin de los siglos la vida divina que hizo posible por la Encarnación, con lo que la reconciliación del hombre con Dios llega a la fusión, hasta formar un mismo cuerpo. Jesucristo, su hijo primogénito, es la cabeza del linaje que lucha contra la serpiente y nosotros somos sus miembros con los que se afianza en nuestra maternidad, pues, ¿podrían los miembros nacer de otra madre que la cabeza si han de formar un cuerpo vivo?

REGINA PACIS

Pero Satanás, la antigua serpiente del Génesis, el dragón del Apocalipsis, hace constantes esfuerzos para esterilizar esta alianza que por el Inmaculado Corazón de María y su doble maternidad se estableció entre Dios y los hombres y, provocando la guerra entre ellos, la dirige contra Dios.

Siempre se aprovechó de la interferencia de la gracia y malicia que dejó en todos el pecado original, insinuándose solapadamente e inclinando la libertad a la indiferencia o claramente al mal; pero no le hace falta la astucia «desde que ha logrado seducir al orbe con la obra maestra de conseguir que nadie crea en él» (3), y son legión los que le siguen sin repugnancia y sin temor. «Ahora, libre el campo de todo recelo, puede avanzar a pecho descubierto y sin temor alguno» (4), su principal objetivo

es contra la paz; la paz individual, la paz de las familias, de las naciones, del mundo entero; así las guerras abarcan cada vez más extensión y se suceden cada vez más terribles, cada vez más crueles. El mundo parece abocado a catástrofes irremediables, el edificio social se desquicia; desaparecen naciones, se anuncian órdenes nuevos; la máquina industrial y financiera se resquebraja; no es preciso forzar la imaginación para representarnos las imágenes apocalípticas de las guerras que sacuden los cimientos de la sociedad las tres concupiscencias se yerguen potentes, se levantan altares a la fuerza bruta, y ejércitos de fieras amenazan devorar a los que se opongan a la avalancha de sangre y cieno que han lanzado sobre el mundo.

El hecho parece inaudito, pues individualmente casi todos desean la paz. Cuando en 1915 el Papa Benedicto XV dirigió un llamamiento de paz a los países beligerantes, le animaba «el ardor con que las familias cristianas e incluso los soldados de los diferentes ejércitos combatientes, ofrecieron a Jesús el homenaje de su amorosa sumisión» (5), pero «la anhelante voz que invocaba la cesación del inmenso conflicto fué desoída y pareció más bien que subía aun más la sombría marea de odios, y arrastrando a otros países en espantoso torbellino, multiplicaba las ruinas y las muertes» (6).

«¿Será entonces que las guerras son obra exclusiva de unos pocos malos, de unos cuantos centenares de personas? No y sí. No, porque Dios no hubiera abandonado el mundo a sus manos, si el mundo *no hubiera elegido* ser dominado por ellos; sí, porque el grito deicida *on hunc, sed Barabbam* es ahora como siempre un grito dirigido e instigado. Es la voz potentísima del que S. Agustín llamó *cuerpo místico del diablo*, y este cuerpo está constituido en ejército militante y este ejército tiene su estado mayor, y este estado mayor tiene un poderoso estratega a su cabeza: es el Dragón, que echado del cielo espera en nuestro mundo el momento de poder devorar la descendencia de la MUJER» (7).

Por esto la guerra es implacable. Aunque María haya aplastado la cabeza de la serpiente, no deja de revolverse contra ella, de presentarle asechanzas. Pero María es todopoderosa por la gracia, Ella vencerá. Mas también, como Jesús, exige nuestra cooperación, la inclinación libre de nuestra voluntad y nuestro amor, el homenaje de sus hijos humanos a su Hijo Dios, para en admirable trueque devolver las bendiciones y gracias de su Hijo Dios a sus hijos humanos.

Por esto, en vista de la inutilidad de sus gestiones y diligencias humanas, Benedicto XV, ante el frenesí de la guerra que todo lo arrollaba, volvió los ojos hacia Ella: mandó que en las Letanías lauretanas, después de invocarla como Madre Inmaculada, Virgen poderosa, Reina de los ángeles, de los patriarcas, de los profetas, de los mártires, de los confesores, de las vírgenes, de todos los santos; después de recordarle que es la Reina concebida sin pecado original, se la proclamara REGINA PACIS, Reina de la Paz, para que «esta invocación lleve hasta Ella el grito angustiado de las madres y de las esposas, el gemido de los inocentes niños, el suspiro de todos los corazones generosos, para que se mueva su tierna solicitud a obtener para el mundo conmovido la paz ardientemente deseada» (8) ya que ha sido siempre, desde el principio del mundo, esperanza y realización de paz y reconciliación.

* * *

El mensaje de Fátimà, algo posterior a su proclamación como Reina de la Paz parece avalar su aceptación con nuevas y pródigas manifestaciones de su amor maternal;

(2) Sta. Teresita.

(3) (4) «48:58». Editorial de 1 dic. 1944.

(5) (6) Carta de Benedicto XV al cardenal Gasparri.

(7) «48:58». Editorial de 1 dic. 1944.

(8) Carta de Benedicto XV al cardenal Gasparri.

todo el mensaje es una queja tierna y amorosa de su corazón de madre; un aviso al hijo díscolo, para librarlo de la justicia del que por Ella podemos llamar nuestro hermano siendo nuestro Dios; una admonición al desertor que débil o malvado pasa al linaje contrario; una llamada a los hijos fieles para que con su oración y sacrificios atraigan a los extraviados y verdaderamente la acepten todos como REINA DE LA PAZ.

Se presenta como siempre del modo más amable. Elige por trono una encina; una nubecilla blanca por dosel; por confidentes, tres pastorcitos. Inmensa multitud está en expectación en Cova d'Iria; caen unas mariposas de nieve que se diluyen antes de tocar al suelo; los tres pastorcitos quedan sumergidos en un torrente de luz; el rostro feúcho de Lucía, la mayor de los videntes aparece transfigurado en rasgos más finos; los más próximos oyen cómo habla la niña; ven las hojas de la encina que se inclinan

hacia una dirección como si alguien, atravesándola, las rozara con su manto. Parece que la audiencia ha terminado; en la atmósfera se abre un camino para que pase la INMACULADA que se aleja, y por un momento puede verse el sol en toda su gloria; el conjunto magnífico de su globo de fuego gira rápidamente y parece que va a precipitarse sobre la tierra; de su inmensa corona luminosa brotan apéndices flameantes y todos los colores del iris se extienden sobre Cova d'Iria y los pueblos de los alrededores; el milagro arranca gritos de contrición y rendidos homenajes de devoción y amor. La última palabra de la Virgen Purísima, «epílogo de todo cuanto dijo, fué esto: NO OFENDAN MAS A NUESTRO SEÑOR, QUE YA ESTA MUY OFENDIDO» (9).

María Asunción López

(9) Cardenal Cerejeira.

Regina pacis, ora pro nobis...

«Pour l'Espagne et le Maroc...»

El insultante reclamo de las viejas «tournée», parecía de nuevo, y más que nunca, justificado.

Yo conservo contra aquellos años de mi infancia, uno que creo, con derecho, poder calificar de santo rencor. Porque incluso hasta la niñez, si ésta era un poco despierta, llegaban salpicaduras de aquel nuevo estilo, tan insolente, de la pública inmoralidad. La que comenzaba a entronizarse entonces, puerta del periodo de la postguerra del 14 al 18...

Ahora está de moda, de parte de ciertos escritores, sobre todo en determinados semanarios, glorificar la triste época: se añora su humorismo, su «elegancia», su libertad sobre todo, que se personifican en dichos y en anécdotas de las figuras —artistas, intelectuales, ciudadanos tenidos como próceres— típicas de aquel tiempo. Como si del mismo no hubiésemos todos luego recogido tan triste herencia y fruto.

1917. Centro de gravedad de unos años lamentables.

Con característica que puede calificarse hasta de urbana, en ellos la inmoralidad barcelonesa irrumpe de sus viejos y clásicos tugurios, volcándose, abiertamente y con escándalo, por los bajos de nuestra Rambla, en tanto que, en los altos de la misma, florece en «edad de oro» la tertulia libertina de café por parte de los estamentos que más hubieran debido sentir la responsabilidad de su época. Es cuando Barcelona «descubre» la «revista» inmundada, espectáculo que preferentemente se instalaba, signo de decadencia, en coliseos en otro tiempo adornados con mejor prestigio.

Y su origen, siempre el mismo; prostituyendo nuestro abo-lengo histórico, parece que todos aquellos exponentes del «humor» y del «espíritu» solamente sintieran un afán. El de alcanzar la dignidad y el título de provincianos de París. Creían ser señores... ¿pasaron nunca, dentro de su vanidad insigne, de ser aldeanos, auténticos «pagesos»? En todo caso, se hicieron frecuentes clientes de toda la miasma que se exportaba a través de la frontera vecina, huyendo del «furor teutonicus», y que se refugiaba «vers l'Espagne et le Maroc» segura de no haber agotado nunca espectadores y badulaques.

Años mundanos. En España entraba, fácil, el dinero. Y todo con él, bajo todos los signos. Por aduanas de mayor altura, hasta la Mata-Hari y Bolo Pachá. Vía Cerbère nos llegaba, preferentemente, la basura.

Desaparecía, rápidamente, todo lo auténticamente nuestro, tiempo ha amenazado por el tan pertinaz como quizás inconsciente afrancesamiento de nuestros más famosos —ya que no mejores— intelectuales y humoristas. Y se esfumaba también, no menos vertiginosamente, todo lo realmente europeo y legítimamente elegante que nos legaran aquellas décadas, en el fondo asimismo carcomidas, pero adornadas de esplendor, que habían fenecido al llegar, fatídico, 1914. En su lugar, y momentáneamente, se entronizaba el «nouveau riche», que a su vez debía ser el prólogo de la decadencia definitiva, de la «americanización» que debía consagrarse diez años después, aureolada de la película tonta, de la música negra y de la goma de mascar. Empe-

zaba, pues, todo, a degenerar en tontería. Tontería que debía abrir, en breve, la época del atentado y de la sangre, tributos de aquellas riquezas que al amparo de una neutralidad afortunada, eran aquí codiciosamente amasadas.

Ambiente de plebeyo lujo, de bajo fondo, de «revista», y de exhibición. No puedo, por tanto, avergonzarme de sentir contra aquel tiempo un rencor santo.

«Por aquellos pobres Archiduques...»

En cambio, también conservo del mismo otro recuerdo, éste lleno de aroma, del que llenaba por entonces la Casa del Señor. Y es que no había desaparecido aún aquel sentir intenso del catolicismo, al estilo ochocentista, hoy, por olvidado o desconocido, tan poco añorado, pero que con tanto motivo veo echan de menos los que lo han vivido.

En la serie de Pontífices, santos, inmortales, que la Providencia depara a nuestra época, uno, de un modo especial, había sido vaso de elección que había esparcido aquel aroma. En la retina de todos aun permanecía la efigie, que había presidido tantas casas santas, de Pío X, que para nosotros, los españoles, venía, por así decir, como completado, por su virtuosísimo colaborador y paisano nuestro, el Cardenal Merry del Val, de venerada memoria. Y en la mente del pueblo sencillo se conjugaban las dos catástrofes: la de la Guerra Mundial que asolaba al mundo y que en lo humano no podía menos que entorpecer en alguna forma la normal actividad de la Iglesia, y la de la desaparición de aquel Santo Vicario de Cristo cuyo corazón no había podido resistir el dolor con que la Conflagración mundial le había herido.

Es cierto que la Providencia había deparado, seguidamente, un nuevo Pontífice. Pero, si hay que registrar el sincero sentir de entonces, éste venía siendo poco conocido; parecía mantenerse la añoranza del que, tres años antes, había desaparecido. Porque las circunstancias hacían poco menos que imposible la normal actividad del que era, aún, en realidad, Prisionero en el Vaticano, pendiente como estaba aún la Cuestión Romana, cuya voz apenas había, por esto mismo, podido oírse, ni llegar, por tanto, a ser ni popular ni conocida. De aquí que los anhelos de las almas fieles no podían coincidir más que en éste: en la Paz.

¡La Paz! ¡Con qué reverencia tengo aún presente el fervor con que por ella se rezaba! Cada año, por ejemplo, en ocasión del Jubileo de la Porciúncula, mi santa madre nos reunía a todos y nos encarecía que rezásemos por ella. Y no olvidaba, tampoco, este tan pio como ingenuo encargo: una «visita» por el alma de aquellos pobrecitos Archiduques, que, un par o tres de años antes, habían caído bajo las balas homicidas de Sarajevo, crimen atroz que había servido de inmediato pretexto para la Guerra. Y yo, bajo las solemnes naves del templo parroquial —que veinte años después debían ennegrecer las llamas de los rojos— rezaba con aquella doble y sencilla consigna que encerraba, como luego voy a complacermé en mostrar, la significación de toda una época.

«¡Regina pacis!»

Hasta que un día llegó otra. Otra, y mejor y más autorizada, consigna. Que hoy por desgracia hallaría hartas indiferencias, pero que entonces aun hizo vibrar a no pocas almas. Y que fué recibida con especial júbilo, pues que era casi la primera que llegaba de aquel nuevo y hasta entonces un tanto desconocido Papa, que hablaba ahora, no con documentos sapienciales, sino con dos breves palabras que llegaban certeramente al corazón del pueblo fiel. ¡«Regina Pacis!» Orden de añadir esta invocación a la Letanía, voz del Padre, la primera que oían de Benedicto XV, voz brevísima, pero sustanciosa. Y para muchos ya no se sintió, desde entonces, la orfandad en que les había sumido Pío X. Su Sucesor insigne revivía en él; revivía, como siempre, en Pedro, y la Iglesia perpetuaba su carácter eterno y sobrenatural de Orante...

¡Regina Pacis!... Sólo que los caminos de Dios —y, por lo tanto, los de la que es su Madre— no son los mismos que los de los hombres: a menudo, incluso, que los de los más fieles y piadosos; y para gran ventura nuestra, dado que es tan corta y miope la mejor prudencia humana. ¡Reina de la Paz! Sí. Mas, ¿por qué caminos?

¿Qué tenía de particular que para las mentes piadosas y sencillas, no se concibiesen otras vías que las de la restauración del viejo orden que veían trastornarse? Como antes hemos dicho, aquella oración por los «pobrecitos Archiduques» revestía un hondo significado. Era, aún, el vago sentimiento, ancestral, de amor al príncipe, a las antiguas y sólidas instituciones que, pese a todo un siglo de liberalismo —el XIX—, aun se habían, en alguna forma, mantenido, hasta el día del atentado de Bosnia y Herzegovina. Pero la que es Sede de Sabiduría, la que es depositaria y Administradora de la Providencia prudentísima, al recoger, benigna, la oración, sabía bien que había de dirigirla hacia nuevos derroteros, para nosotros quizá insospechados, pero derroteros que imponía la Historia, el problema eterno de la libertad humana a que conducía la locura de una Sociedad abocada ya hacia el abismo...

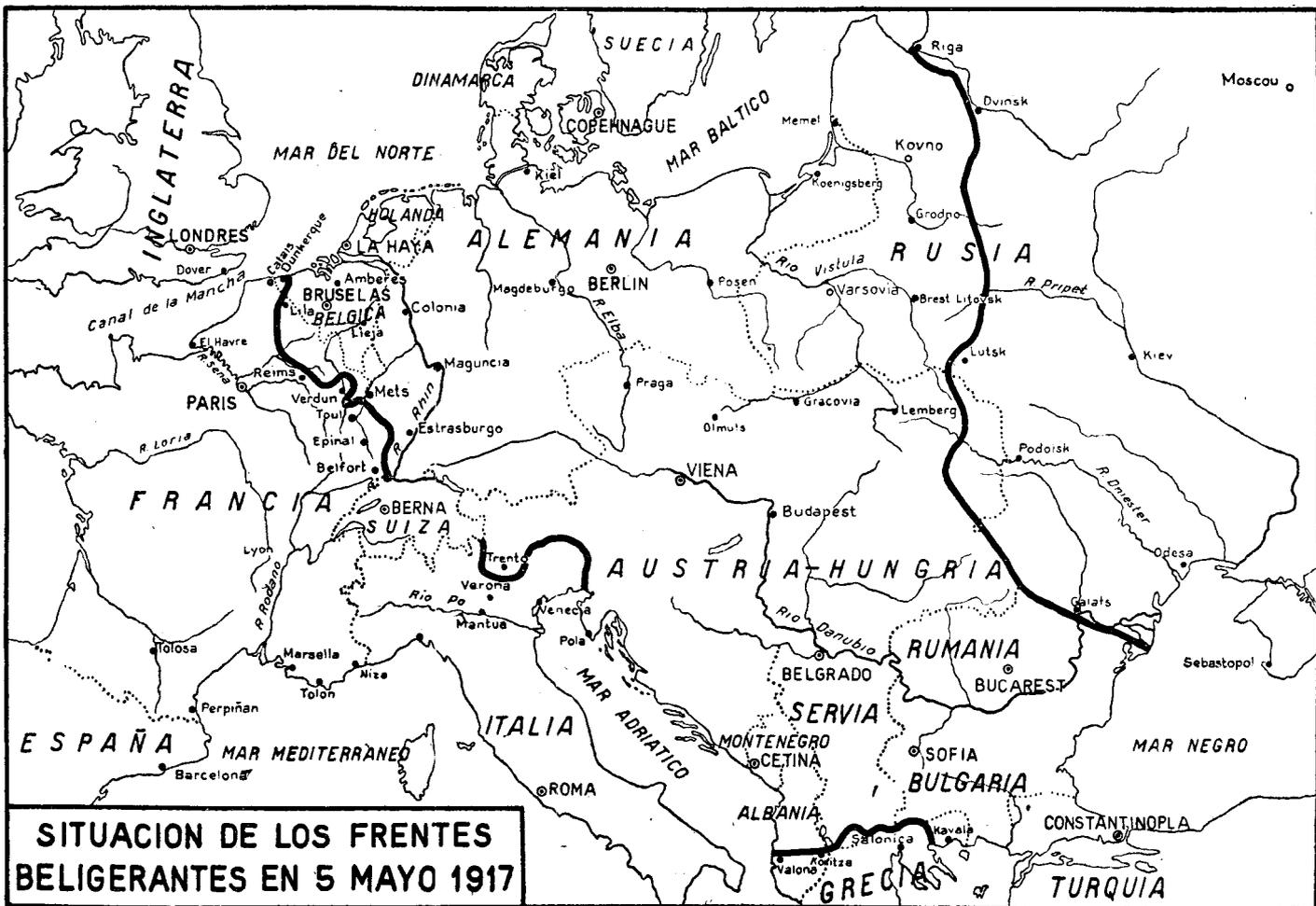
Cuando empezaba, precisamente, fruto de los horrores de la contienda, a dibujarse en el negro telón del Mundo una nueva alineación de las fuerzas del Mal, cuando, precisamente, hacía crisis en Rusia la «evolución revolucionaria» soviética que había de triunfar en el próximo octubre, la que es Reina de la Paz y Señora nuestra, bien debía ver, por encima del panorama de los

tiempos, la amenaza que contra su grey surgía, y la necesidad, para alcanzar aquella Paz futura, de recordar que Ella era también la Mujer fuerte, poderosa como ejército alineado en orden de batalla. Y es por ello que ahora, nuestras pobres luces, comprenden bien cómo la oración de tantos buenos no fué literalmente recogida en el pobre sentido en que era elevada...

5 de Mayo de 1917

Fué el 5 de mayo del año 1917 en que resonó la piadosa consigna pontificia. Los partes de guerra de aquel día, sólo nos hablan de una ocasional lucha en Champaña —fin de la retirada alemana a las líneas bautizadas con los nombres de su mitología heroica— que costó a los tudescos dos mil setecientos prisioneros... la guerra, seguía, y se hallaba, precisamente, en un momento de espera. El inmenso frente ruso se desmoronaba. Brusilov ya no era peligroso en Bukovina, y Kornilov iniciaba la primera —esta vez aun contra el «moderado» Kerensky— de las reacciones «blancas» que una tras otra habían de ser condenadas al fracaso... En el Carso rugía un infierno de desgaste, precursor del desgaste que se preparaba, cien días después, en Caporetto... Allá en la lejanía, en Asia Menor, las tropas imperiales inglesas vengaban la rota de Kut-el-Amara y apuntaban al costado del moribundo poderío turco, preparando la trascendental campaña de Allenby, que había de abrir los actos de una colosal tragedia, que aun está ahora en sus comienzos, en el santo escenario de Jerusalén... La suerte de las armas era aún indecisa, y, de no contar con el poderío americano, condenada, por lo menos, a quedar en tablas... Era pues, quizá, el momento más amargo de los cuatro largos años: cuando la desmoralización y el cansancio ya cundían ante lo lejano y lo improbable de toda victoria.

Entonces, la más aguda mente difícilmente hubiera podido prever todas las cosas que han sobrevenido, mas hoy, ante el panorama que treinta y pico de años nos han legado, vemos, bastante claramente, la sucesión temporal e ineluctable de sus causas y de sus efectos... Aquel Verdún, aquel Camino de las Damas, preludiaban el descenso definitivo de Francia y de Inglaterra, y su sustitución, en el orden de la mundial potencia, por el Coloso que en su auxilio venía de allende el Atlántico... aquel inmenso frente ruso, en retirada, delataba la fermentación que en su retaguardia se producía, y que había de engendrar, tras tremendas luchas—tras, nada menos, que otra y mayor mundial contienda— el otro coloso, ateo y moscovita que hoy nos



SITUACION DE LOS FRENTES BELIGERANTES EN 5 MAYO 1917

amenaza. Y aquellos hechos extraños de Asia Menor, que parecían, realmente, obedecer, más que a una realidad bélica, a un fatum histórico y trascendental, ya podían hablar a las conciencias sobre el eterno y divino problema de la Tierra misteriosa que es Centro del Mundo, y que fué patria terrena, según la carne, del Hijo de Dios y de su divina Madre...

«Fuerte como ejército en orden de batalla...»

Por esto mismo, ya hoy, aun sin esperar a que, en mejor Día, se nos abran mayores arcanos por la misericordia divina allá en el Cielo, podemos adorar a la Providencia, y a La que es su Administradora y Medianera, admirando como, Reina de la Paz, preserva a su descendencia de los peligros que constantemente se renuevan. Que, para traernos la Paz, es necesario a menudo admitir la Guerra... «Mi Pontificado será corto.» Presto pasó, el del Papa Benedicto, que no por silencioso y sacrificado dejó de ser por ello menos admirable, y sonó la hora del Papa intrépido, que se enfrentó bizarro contra todos los poderes del siglo, y en el momento en que se declaraban todas las apostasias, echó, como un reto contra todas las reservas del Mundo, enemigo nuestro, la consigna, gallarda y heroica, de Cristo Rey, la única, de otra parte, que puede darnos —y ello es precisamente el «leit motiv» pontificio de nuestra Revista— la Paz ansiada... Siempre son eficaces las súplicas, las oraciones, los sacrificios de las almas fieles, aun cuando éstas, como acontece con los niños —y niños somos todos— a menudo no sepan bien lo que deben de pedir...

¿«L'Espagne et le Maroc», otra vez?

Han transcurrido más de treinta años. Y el Mundo, aquel mismo Mundo que no escuchó a Benedicto XV, que casi se rió de él, y adoró a Wilson, luego maldijo a éste y a todos los artifices de Versalles, que motivaron una nueva Contienda, aun más larga y más atroz, tanto, que no puede considerarse como terminada, sino como preámbulo, quizá, de otra tercera...

La Providencia, que nos probó a nosotros, a los españoles, por nuestros pecados, en el tremendo conflicto interior, nos preservó una vez más del Conflicto de fuera. Y, como entre 1914 y 1918, en el lustro de 1939 a 1945 y en su postguerra, se han producido parecidas virtudes, paralelos vicios...

Y otra vez ahora, en ocasión de hallarse las fronteras entre-

abiertas, el insultante motivo de «l'Espagne et le Maroc» parece hallar, gracias a nuestra estulticia, renovada justificación... Si ciertos escritores, si ciertos semanarios parecen añorar aquellos ya alejados años, ancianos sobrevivientes de la vieja basura intentan pasear sus desvergüenzas, «rejuveneciéndonos» a todos insospechadamente.

Nuestro Papa actual, en vigorosa frase, no hace mucho, denunció la pérdida del «sentido del pecado». Este grito enérgico debería resonar, con actualidad renovada, en nuestra Barcelona, recordándole las bajezas de aquellos que al pecar se olvidan por entero de su condición de cristianos para pecar como paganos. Otra vez Barcelona quiere prostituirse y abdicar de su condición altísima dentro de esta suprema aristocracia espiritual que es nuestra España, para convertirse en etapa obligada entre el aldeano «Midi» y el Africa colonial. ¿No hemos visto tristes personajes, precisamente desdichados residuos de aquellos lejanos años, renqueantes y ancianos volver a pisar nuestras tristes tablas? ¿Qué fué, si no, aquella desdichada negra, otrora famosa en todo Europa, que aun halló aquí, la pasada primavera, un público suficientemente aldeano que aplaudirla? ¿Qué es, si no, estos mismos días, la exhibición de una vieja de no menos triste historial parisino, que por los años ya sería tan venerable como la locomotora del Centenario, si no fuese la más repugnante concreción del vicio, que es la del vicio que se adorna con las canas?

¡Regina Pacis! Cuando la inmoralidad organizaba su ofensiva en nuestra Barcelona, las almas santas recobraban nueva savia espiritual al conjuro de la, entonces nueva, advocación de María. Hoy, treinta años después, cuando desde fuera amagan peligros como nunca gigantescos, otra vez nueva carroña amenaza con internas podredumbres. Contra éstas, más peligrosas que las externas, nos defiende nuestra Madre, a quien hemos de pedir aquella entera y aquel santo orgullo de cristianos que hoy parece menguar.

Hace treinta años, cuando triunfaba en Rusia, la elegida por el príncipe de este Mundo como baluarte del Mal, el maximalismo, la invocación a la Reina de la Paz nos trajo renovadas fortalezas. Hoy debemos pedir, con aquella misma sencillez que entonces se rogaba por los pobres «Archiduques» o por otros motivos ingenuos, pero con mayor conciencia a que nos da derecho el estar de vuelta de tantas catástrofes, la gracia menos anhelada, pero quizá la más necesaria en el día: la del maximalismo cristiano, cuyo primer exponente es el de esta Fiesta que es nuestra Bandera. La de Cristo Rey.

Luis Creus Vidal

Sólo una falange de orantes puede dar la paz

¿Será capaz la Humanidad de engendrar y poseer la fuerza moral para la actuación de tal orden social? De todos modos, una cosa es cierta: sólo hay una fuente de donde pueda brotar esa fuerza: la fe católica, vivida hasta en sus últimas consecuencias y alimentada por los torrentes sobrenaturales de la gracia, que el Divino Redentor otorga a la Humanidad juntamente con la misma fe. Solamente una generación que crea así puede dar a la familia humana la suspirada paz. ¡Sea éste vuestro orgullo, jóvenes católicos!

Tenéis ahora delante de los ojos, queridos hijos, dos grandes oficios y deberes del católico en la hora presente. Para cumplirlos, aun en cuanto se refieren a la vida terrena, es necesario que seáis hombres de espíritu sobrenatural, para quienes la unión con Cristo, la resurrección gloriosa y la vida eterna valgan más que todas las cosas humanas. El mundo católico lleva en sí una fuente inexhausta de prosperidad y de bienestar sobre el campo de la vida terrena precisamente porque pone lo eterno sobre lo temporal. Si no lo hiciera así, su fuerza quedaría extinguida.

Vosotros cumpliréis estos deberes solamente si oráis. Por eso sólo si oráis estaréis en disposición de permanecer firmes en la fe y de obrar según la fe en todas las circunstancias de la vida. Sólo una falange de orantes puede conseguir la victoria en la actual acerba lucha entre la verdad y el error, entre el bien y el mal, entre la afirmación y la negación de Dios; sólo una falange de orantes puede dar la paz social.

Sólo con un grande amor seréis capaces de cumplir estos deberes. Haced frente al odio, lo mismo al odio nacional que al odio de clases. El odio no puede hacer más que destruir. El amor edifica. La irreligiosidad, el brutal egoísmo y el odio de clases tendrán por fin que derrumbarse ante la fuerza de la paciencia y del amor, que brotan de la fe en Cristo y del amor por Él.

En nuestros tiempos, la Humanidad ha oído el mensaje de la «inversión de todos los valores» (Unwertung aller Werte). Este mensaje se ha realizado ampliamente en el ámbito de los valores puramente terrenos, pero no más allá. Precisamente en estos años de convulsiones económicas y sociales, los valores religiosos y eternos han demostrado con toda evidencia que son absolutamente indestructibles: Dios y su ley natural; Cristo y su reino de verdad y de gracia; la familia cristiana, siempre la misma y siempre espina dorsal y regla de todo orden económico y público; la dulce y segura esperanza del más allá, de la resurrección y de la vida eterna.

Conocéis vosotros, queridos hijos, los misteriosos jinetes de que habla el Apocalipsis. El segundo, tercero y cuarto son la guerra, el hambre y la muerte. ¿Quién es el primero, caballero sobre blanco corcel? «Sobre éste estaba sentado uno que tenía un arco; se le dió a él una corona y salió vencedor» (6-2). Es Jesucristo. El vidente evangelista no miró solamente las ruinas ocasionadas por el pecado, la guerra, el hambre y la muerte; vió también, en primer lugar, la victoria de Cristo. Y en verdad que si el camino de la Iglesia a través de los siglos es un vía crucis, es también en todo tiempo una marcha triunfal. La Iglesia de Cristo, los hombres de la fe y del amor cristiano, son siempre los que llevan a la Humanidad sin esperanza la luz, la redención y la paz. «Iesus Christus heri et hodie, ipse et in saecula» (Heb. 13, 8).

Cristo es vuestro guía de victoria en victoria. Seguidle.

(Del discurso de S. S. el Papa a los jóvenes de Acción Católica Italiana)

LA VIRGEN SANTISIMA, REINA DE LA PAZ

Carta de S. S. Benedicto XV

a Su Eminencia el Cardenal Gasparri, Secretario de Estado,

sobre la necesidad de obtener de Jesucristo la paz, por gracia de la intercesión de María, su Santísima Madre, y por medio de nuestras repetidas súplicas.

Señor Cardenal:

El 27 de abril de 1915, por carta dirigida al Reverendo P. Crawley Boevey, Nos extendimos a todos aquellos que consagran su casa al Sagrado Corazón de Jesús, las indulgencias concedidas dos años antes por Nuestro Predecesor, Pío X, de veneranda y santa memoria, a las familias de la República chilena, por este acto de piedad. Nos veíamos sonreírnos, viva y serena, la esperanza de que el divino Redentor, llamado a reinar visiblemente en los hogares domésticos, extendería los infinitos tesoros de dulzura y humildad de su amantísimo Corazón y prepararía todos los espíritus a recibir la paternal invitación a la paz que Nos proponíamos dirigir en su augusto Nombre a los pueblos beligerantes y a sus gobiernos para el primer aniversario del estallido de la terrible guerra actual. El ardor con que las familias cristianas e incluso los soldados de los diferentes ejércitos combatientes ofrecieron a Jesús después de este día el homenaje de su amorosa sumisión, tan agradable a su divino Corazón, acreció Nuestra esperanza y Nos animó a elevar más alto aún el grito paternal de la paz. Entonces Nos indicamos a los pueblos el único camino para arreglar con honor y provecho para cada uno de ellos sus disensiones y, trazando las bases sobre las cuales deberán reposar para ser duraderos los cimientos de los Estados, Nos les conjuramos, en nombre de Dios y de la humanidad, a abandonar los propósitos de mutua destrucción, y llegar a un acuerdo justo y equitativo.

¡Pero Nuestra anhelante voz, que invocaba la cesación del inmenso conflicto, suicida de la Europa civil, fué desoída aquel día y así quedó en adelante! Más bien pareció, al contrario, que subía aun más la sombría marea de los odios, extendiéndose entre las naciones beligerantes, y la guerra, arrastrando otros países en espantoso torbellino, multiplicó las ruinas y las carnicerías.

Sin embargo, en nada disminuyó Nuestra confianza. Vos lo sabéis, señor Cardenal, vos que habéis vivido y que vivís con Nos en la ansiosa espera de una paz ardientemente deseada. En el inexpresable dolor de nuestra alma, y en medio de las amarguísimas lágrimas que Nos derramamos, viendo los atroces dolores acumulados por esta horrible tempestad sobre los pueblos combatientes. Nos queremos esperar que no se halla muy lejano el día, objeto de Nuestros deseos, en el que todos los hombres, hijos del mismo Padre celestial, volverán a considerarse como hermanos. Los sufrimientos de los pueblos, llegados casi a lo intolerable, han agudizado más el deseo intenso y general de la paz. Haga el divino Redentor, en la bondad infinita de su Corazón, que triunfen también en las

almas de los gobernantes los consejos de dulzura, y que, conscientes de su propia responsabilidad ante Dios y ante la humanidad, no resistan más a la voz de los pueblos que reclaman la paz.

Que suba, a este fin, hacia Jesús, más frecuente, más humilde, más confiada, especialmente durante el mes dedicado a su Santísimo Corazón, la oración de la infeliz familia humana, y que implore la cesación de la terrible plaga. Que se purifique cada uno más frecuentemente en el saludable baño de la confesión sacramental, y que ofrezca sus oraciones, con una insistencia afectuosa, al Corazón amantísimo de Jesús, unido al suyo por la santa Comunión. Y puesto que todas las gracias que el Autor de todo bien se digne conceder a los pobres descendientes de Adán, por amoroso designio de su divina Providencia, son dispensadas por medio de la santísima Virgen, Nos queremos, más que nunca en esta hora temible, se vuelva a la augusta Madre de Dios la petición viva y confiada de sus afligidos hijos. En consecuencia, Nos os encargamos, señor Cardenal, que deis a conocer al Episcopado del mundo entero Nuestro ardiente deseo de que se recurra al Corazón de Jesús, trono de gracias, y que a este trono se recurra por medio de María. A este fin Nos ordenamos que, a partir del primero de junio próximo, sea definitivamente añadida a las letanías lauretanas la invocación *Regina Pacis - ora pro nobis*, cuya adición hemos autorizado temporalmente a los Ordinarios por el decreto de la S. Cong. de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, en 16 de noviembre de 1915.

Elévese, pues, a María, que es Madre de misericordia y todopoderosa por la gracia, desde todos los puntos de la tierra, en los templos majestuosos y en las más pequeñas capillas, desde las reales y ricas moradas de los grandes, como desde las más pobres casuchas, donde se cobije un alma fiel, desde los campos y mares ensangrentados, la piadosa y devota invocación, y que ésta lleve hacia Ella el grito angustiado de las madres y de las esposas, el gemido de los inocentes niños, el suspiro de todos los corazones generosos; que esta invocación mueva su tierna y benévola solicitud a obtener para el mundo conmovido la paz ardientemente deseada; y que recuerde a los siglos futuros la eficacia de su intercesión, y la grandeza del beneficio que nos habrá concedido.

Con esta confianza en el corazón, Nos suplicamos a Dios que conceda a todos los pueblos, que Nos abrazamos con igual afecto, las gracias más preciosas, y Nos os damos, señor Cardenal, así como a todos Nuestros hijos, la Bendición Apostólica.

En el Vaticano, 5 mayo 1917,

BENEDICTO XV, PAPA

El sentido del Mensaje de Fátima

La visita de Nuestra Señora de Fátima a Madrid y a todos sus suburbios (por primera vez y por una atención especialísima, salía al Extranjero la Imagen misma que se venera en el Santuario de Fátima y no una reproducción suya) reunió a los pies de la veneranda Imagen a ingentes multitudes, en un espectáculo único en nuestros tiempos. ¿Por qué la venida de esta Imagen? podrían preguntarnos algunos. ¿No representan todas las Imágenes de la Santísima Virgen a la misma Señora, Madre de Nuestro Señor Jesucristo, corporalmente llevada en triunfo a los Cielos después de su muerte, para ser coronada por su Hijo como Reina de los Angeles y de los hombres? Su Eminencia el Cardenal Cerejeira, Patriarca de Lisboa, contesta a estas preguntas en el Sermón de Clausura del Congreso, explicando el sentido del Mensaje de Fátima:

Nuestra Señora de Fátima recuerda la última misericordiosa intervención del Corazón Inmaculado de María para salvar a los hombres y a las naciones. Habla a un mundo en crisis, amenazado de caer en la barbarie y en la esclavitud y su voz es un grito lacerante de Madre, al ver abrirse insondables abismos de miseria delante de sus pobres hijos enloquecidos; es apelación, es esperanza, es salvación en esta hora apocalíptica.

Fátima, como ya alguien dijo, es una explosión sobrenatural. En parte alguna la Madre del Amor Hermoso se muestra allí como la Virgen poderosa que aplasta con el calcañar de su pie la cabeza de la serpiente infernal. Y de allí habla insistentemente al mundo entero, en el negror de la hora nocturna que el mundo atraviesa (porque no quiere oír y seguir a Cristo, que es la Luz del mundo) anunciándole —la Dulce, la Inmaculada, la Estrella matutina— que «por fin su Inmaculado Corazón triunfará».

Fátima tornóse así la esperanza de todas las naciones. No es exagerado afirmar de nuevo, aplicando aquí la frase de un poeta relativa al nacimiento de Cristo: que «una grande esperanza atravesó la tierra».

Dijo, casi como un testamento, la angélica vidente que nunca dudó (la que vió y creyó, como San Juan), dijo ella que pidiesen la paz del Corazón Inmaculado de María, porque «a él la ha confiado el Señor».

Seré, en este momento, solamente una voz de Portugal, que da testimonio de lo que vió.

¿Y qué es lo que vió? Yo vi a tres niños ingenuos e ignorantes anunciar un gran milagro «para que todos creyesen», en lugar, día y hora ciertos; y el milagro, el milagro estupendo del sol, realizarse ante enorme multitud; vi a dos de ellos decir que según lo que la Señora les había asegurado, morirían en breve, huyendo, incluso, de la escuela para acercarse al sagrario de la iglesia (pues no les valía la pena de aprender a leer) y morir dentro de los tres años; les vi, rústicas criaturas, después que habían visto a la Señora, hacer cosas heroicas y profundas, sin saber siquiera que lo eran, corriendo por caminos de santidad en que nosotros, los doctores de la ley, no somos capaces de acompañarles; vi a los pecadores más endurecidos resucitar de su túmulo de podredumbre y sonreír con ojos nuevos en éxtasis de paz, alegría y libertad, hacia la blanca Imagen tan humilde; vi enfermos abandonados de los médicos levantarse de repente de su lecho de dolores y agonías, súbitamente curados, y contar que el Todopoderoso obró grandes cosas en la Virgen María; vi a mi propio país, que parecía haber perdido la conciencia de su destino, renovarse material y espiritualmente desde que la Inmaculada patrona apareció en el cielo de Portugal; vi la carta en que siete meses antes de la guerra, esta guerra «horrible, horrible», que cubrió de sangre la tierra y el mal, ella era anunciada como inminente; pero se prometía que Portugal sería librado de sus propios errores, en atención a la consagración que los Obispos habían hecho de ella al Corazón Inmaculado de María; vi la milagrosa Imagen, tan modesta, tan suave, ponerse a caminar por los caminos de Portugal y atraer a ella las multitudes, aun de aquéllos, y sobre todo de aquéllos que ya habían perdido el hábito de invocarla, y juzgaban no poder ya experimentar cuán dulce es llorar de esperanza y

contrición a sus pies; vi que las mansas palomas venían por todas partes a posarse y anidar confiadamente junto a la fimbria de su vestido, como lección y llamamiento a las almas desorientadas que buscan la verdad y la paz; vi que comenzó a recorrer el mundo, el mundo que está próximo a perderse, el mundo que ella quiere salvar, atrayéndolo, llamándolo, y que a la dulce voz de la Madre la reconocen y se conmueven y se rinden hasta los que habían abandonado al Hijo; y vi que dondequiera que ella aparece, ella aparece siempre en la Iglesia que su divino Hijo estableció con su Jerarquía, con su sacerdocio, con su culto; y que todas las almas que la reciben no las guarda para sí, sino que las conduce luego a su Hijo el único que es el Salvador.

El Mensaje de Fátima

¿Cuál es precisamente el Mensaje de Fátima? Creo que podrá resumirse en estos términos: *La revelación del Corazón Inmaculado de María al mundo actual.* (...)

En Fátima el Corazón Inmaculado se revela especialmente en estos dos aspectos esenciales: el amor a Dios y la compasión por los pecadores. La última palabra de la Virgen purísima en Fátima, epílogo de todo cuanto dijo, fué esto: «No ofendan más a Nuestro Señor, que ya está muy ofendido.»

Así, el mensaje de Fátima nació del Corazón maternal de la Madre de Dios y de los hombres: reparación por las ofensas cometidas contra la Divina Majestad, a la cual es debida toda la honra y toda la gloria, y solicitud por la pobre Humanidad que a medida que se aparta de Dios camina hacia la ruina, hacia la guerra, hacia la muerte, hacia la perdición.

En este aspecto, lo que la Santísima Virgen dijo en Fátima lo dijo siempre desde las bodas de Caná: «¡Haced todo lo que mi Divino Hijo os ha mandado!» Sólo El es, en efecto, «el camino, la verdad y la vida»; y la misión de Ella es darlo al mundo.

Hay en el mensaje de Fátima una llamada, una recomendación, una petición, una promesa: llamada vehemente a la norma cristiana de vida; recomendación instantánea (seis veces repetida) de la oración del Rosario, que es compendio de la vida de Cristo, aprendido con ella; petición de la consagración a su Corazón y de la devoción de los cinco primeros sábados; y promesa de su especial protección, principalmente para la conversión de los pecadores, para obtener la paz y para la conversión de Rusia.

El pueblo resumió el mensaje en dos palabras: «Penitencia y oración». Ha de convenirse que toda la teología ascética y mística está ahí contenida.

Pero lo que mejor define el mensaje creo que sea lo que antes afirmé: la manifestación del Corazón Inmaculado de María.

Repito lo que en tiempos dije: «Fátima será para el culto del Corazón Inmaculado de María lo que Paray-le-Monial fué para el culto del Corazón de Jesús. Fátima en cierto modo es la continuación, o mejor, la conclusión de Paray: reúne aquellos dos Corazones que el mismo Dios unió en la obra divina de la redención de los hombres.»

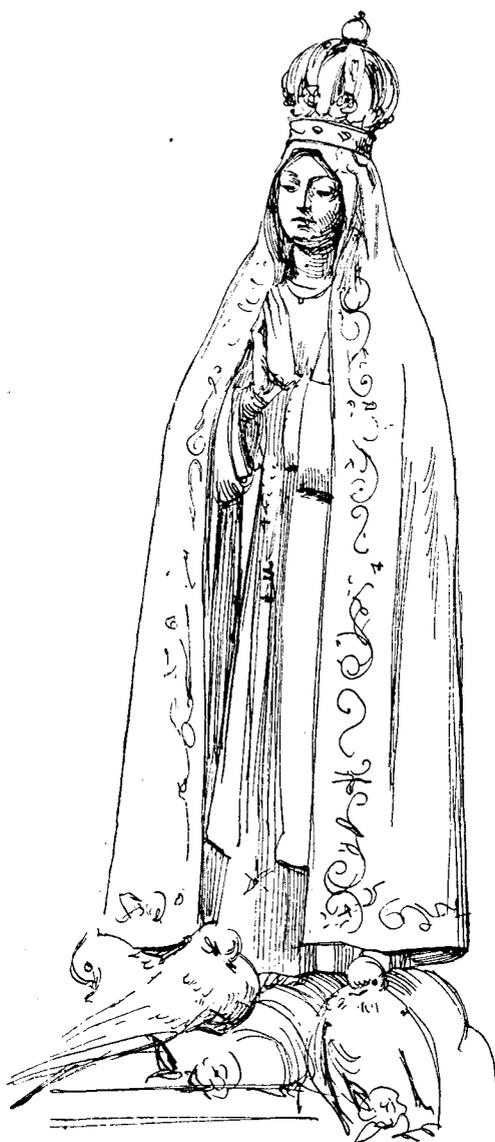


Imagen de Nuestra Señora de Fátima

CONSAGRACION DEL GENERO HUMANO AL INMACULADO CORAZON DE MARIA

«¡Oh Reina del Santísimo Rosario, auxilio de los cristianos, refugio del linaje humano, vencedora de todas las batallas de Dios! Suplicantes nos postramos ante tu trono, seguros de alcanzar misericordia y de recibir gracias y auxilio oportuno y defensa en las presentes calamidades, no por nuestros méritos, de los que no presumimos, sino únicamente por la bondad inmensa de tu Corazón maternal. (...)

¡Reina de la paz!, ruega por nosotros, y otorga al mundo en guerra la paz que anhelan los pueblos: la paz en la verdad, en la justicia y en la caridad de Cristo. Concédele la paz de las armas y la paz de los espíritus, a fin de que en la tranquilidad del orden se dilate el Reino de Dios.

Otorga tu protección a los fieles y a cuantos yacen aún en las sombras de la muerte; concédeles la paz y haz que surja para ellos el Sol de la Verdad, y juntamente con nosotros puedan repetir ante el único Salvador del mundo: «Gloria a Dios en lo más alto de los cielos, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad». (Luc. 2, 14).

Da la paz y encáminalos de nuevo al único redil de Cristo, bajo el único y verdadero Pastor, a los pueblos separados por el error o por la discordia y en particular a los que siempre te han profesado una singular devoción y en cuyos hogares todos se veneraba tu imagen, hoy quizás oculta y guardada para tiempos mejores.

Obtén la paz y la libertad completa de la Iglesia Santa de Dios. Contén el diluvio arrollador del neopaganismo: fomenta en los fieles el amor de la pureza, la práctica de la vida cristiana y el celo apostólico, para que el pueblo de los que sirven a Dios se incremente en número y méritos.

Finalmente, así como al Corazón de tu Jesús fueron consagrados la Iglesia y todo el género humano con el fin de que, depositando en El toda su confianza, fuese El para ellos señal y prenda de victoria y salvación; así igualmente, nos consagramos perpetuamente a Ti, a tu Corazón Inmaculado, ¡oh Madre nuestra, Reina del mundo!, a fin de que tu amor y patrocinio acelere el triunfo del Reino de Dios, y todos los pueblos, pacificados entre sí, y con Dios, te aclamen Bienaventurada y contigo entonen de un extremo a otro de la tierra, el eterno «Magnificat» de gloria, amor y reconocimiento al Corazón de Jesús, en el cual solamente pueden encontrar la Verdad, la Vida y la Paz.»

(Consagración compuesta por S. S. Pío XII en 1942)

UN CONSIDERANDO FUNDAMENTAL DE LA SENTENCIA POLITICA DE BALMES

II (*)

Teoría balmesiana de la Monarquía

No puede decirse que Balmes expusiera sus ideas monárquicas en un sistema orgánico total; pero de las diversas opiniones desparramadas en sus escritos puede inducirse, aunque no tan elaborada como deseáramos, una verdadera teoría de la Monarquía. Este es nuestro intento.

Balmes escribió sus primeros «escritos políticos» mientras estaba elaborando su maravillosa obra «El Protestantismo comparado con el Catolicismo», cuando Espartero se abalanzaba sobre el poder. Para muchos, esa siniestra visión de la Regencia del Duque de la Victoria, que él luego zumbonamente llamó «gobierno en cama», fué el motivo de sus escritos políticos. Y así debió de ser seguramente; pero la fuente originaria y primera de las ideas políticas que Balmes entonces expresó, hay que buscarla en la obra que interrumpía: en «El Protestantismo comparado con el Catolicismo», y especialmente en los 21 capítulos de dicha obra en que se compara la distinta trascendencia política de la Herejía y la Religión. -

No formula un concepto ideal de la Monarquía; pero sienta un concepto histórico hacia el que, a lo largo de toda su obra, demuestra tantas simpatías que no dudamos en afirmar que lo consideraba ideal. Se trata de la Monarquía de principios del siglo XVI, que él define: «El mando supremo de la Sociedad puesto en manos de un solo hombre, obligado, empero, a ejercerle conforme a razón y a justicia. Ya había afirmado que antes de la aparición del Protestantismo «el verdadero carácter de la monarquía europea ... consiste en estar rodeada siempre de justos límites aun cuando éstos no se hallen consignados ni garantidos en las instituciones políticas». (El Protestantismo. T. III, 287.) Esto, naturalmente, no excluye la posibilidad ni aun la conveniencia de hacerlo.

Pero no toda sociedad puede ser organizada monárquicamente. Balmes acota los requisitos sociales de viabilidad de la forma monárquica, en uno de sus últimos escritos (Escritos Polít. T. X, 422): ante todo, toda Monarquía necesita una tradición. Además supone necesariamente la existencia de creencias religiosas en el país. Y también la existencia de clases sociales y de «cierta resignación a la desigualdad», lo que pudiéramos llamar una íntima convicción de la necesidad de jerarquía «apenas compatible con ideas de libertad absoluta en todas las materias». Se necesita, en fin, un ambiente espiritualista formado por «sentimientos de adhesión caballerosa». En un país donde no se den esas circunstancias sociales la Monarquía será débil, por no decir efímera, porque son el punto de apoyo de su autoridad y «ningún poder será fuerte en el orden político si no tiene una fuerza propia en el orden social, una fuerza anterior a las Leyes.» (Escritos Polít. T. III, 57.)

Quizá, refiriéndose al conjunto de esas circunstancias, habló Montesquieu del «honor» como fundamento de las Monarquías. Pero entonces hizo mal en contraponerlo a la virtud. Montesquieu dijo que las Repúblicas se fundan en la virtud y las Monarquías en el honor. Era difícil decir otra frase que contentara tanto a todos, especialmente a los republicanos. Balmes, enemigo de hermosas vaguedades, lo refuta. Ni el honor —o lo que puede entenderse por honor en contraposición a virtud— es patrimonio ex-

clusivo de las Monarquías, ni puede, por tanto, ser su fundamento característico. (El Protest. T. II, C. XXIX.)

El fundamento y causa de la Monarquía fué, en opinión de Balmes, una necesidad social: «Se había complicado de tal suerte la organización de la sociedad europea, tal era el desarrollo de todas las facultades intelectuales, tal la lucha de intereses muy poderosos, y tal ... la extensión de las naciones ... que era de todo punto indispensable ... un poder central, fuerte, robusto, muy elevado sobre las pretensiones de los individuos y de las clases» (El Protestant. T. IV, 127); pero desde un principio existió en Europa, patrocinada por el Cristianismo, una tendencia constante a limitar el poder real mediante «instituciones que, de un modo estable y duradero, pongan a cubierto a los pueblos de vejaciones y demasías». (El Protestant. T. IV, 129.) En realidad, este «espíritu de libertad política» tiene sus raíces en el temperamento europeo, y fué amparado y sostenido por la Iglesia siempre y especialmente cuando apareció el Protestantismo con sus adulaciones al trono. Al Protestantismo, necesitado del favor de los Reyes, se debieron las teorías de la derivación inmediata del poder real. Y de éstas, contra las que tan brillantemente batallaron los teólogos católicos, nació el absolutismo exacerbado y el despotismo cuya exageración provocó luego las revoluciones. (El Protest. T. IV, 131.)

Si el poder real es realmente fuerte, no será violento ni suspicaz. La tiranía y la conspiración son síntomas de debilidad.

Pero «el poder real no se fortalece de real orden». (Escritos Polít. T. III, 57.) Su fuerza nace de la sociedad misma, que la pide y la exige porque la necesita.

Balmes considera en qué consiste la fuerza del poder real. Y dice que se compone de dos elementos primordiales: en primer lugar, su seguridad de existencia, y en segundo lugar, la posición de medios funcionales bastantes, es decir, «medios necesarios al cumplimiento de su objeto legítimo». (Escritos polít. T. II.)

La seguridad de su existencia la Monarquía la consigue mediante lo que pudiéramos llamar la inamovilidad de la Corona. Es preciso prevenirse contra los posibles riesgos que en ese aspecto se pueden correr. Balmes cita algunos: las guerras de sucesión, las minorías de los monarcas y, en ese caso, las regencias. Asegurar la estabilidad de la Corona es un deber evidente de las Monarquías para con los pueblos que las sostienen. (Escritos Políticos. T. X, 95.) El único método de lograr esa estabilidad es el establecimiento de la sucesión hereditaria, a pesar de todos los inconvenientes, tanto intrínsecos como circunstanciales, que ofrece ese tipo de sucesión. A los intrínsecos alude Balmes reconociendo que, considerados en abstracto, nos llevan a calificar de absurda la sucesión hereditaria, pero la experiencia le lleva a defenderla hábilmente, a toda costa: «en abstracto no hay absurdo más palpable ... y, sin embargo, en la práctica nada hay más sabio, más prudente, más previsor ... porque ... se cierra toda puerta a la esperanza de una ambición desmesurada ... Cambiad las circunstancias ... introducid tan sólo una remota posibilidad y veréis cómo no faltan luego posibles candidatos». (El Protest. T. II, 89.) «La Monarquía hereditaria es una especie de insaculación», pero añade, «la perfección de la prudencia consiste en des-

(1) Vid. el número 112 de CRISTIANDAD, págs. 495 a 497.

PLURA UT UNUM

confiar de sí misma. El vicio radical de ciertas escuelas políticas consiste en el olvido de esta regla. Fundan la sociedad en un pacto y pretenden gobernarla con la sola razón.» (Miscelánea, p. 214.) «La Monarquía hereditaria es una especie de aplicación del sistema de la suerte. ¡Tanto teme la sociedad el poner en movimiento muchas voluntades en un negocio de importancia!» (Miscelánea, página 219.)

No olvida Balmes los inconvenientes de orden práctico y circunstancial de la sucesión hereditaria, y especialmente de las «minorías», que califica de «respetable y necesaria ficción legal de que el trono está ocupado cuando en rigor podría decirse que se halla vacante». (Escritos Polit. T. I, 30.) Y expone, en brevísimas palabras, todos los requisitos que debe reunir la Regencia: una sola persona, de estirpe real, sin miras interesadas, con las menores posibilidades de cesación o amovilidad, «es decir, aquella en que más se verifique, que la institución pasajera se parezca a la permanente ... el regente al rey».

El otro elemento que compone la fuerza de poder real es la posesión de los medios necesarios al cumplimiento de su objeto legítimo. No se trata de medios materiales. Balmes los excluye y denuncia como peligrosa su excesiva abundancia para el justo ejercicio del poder. Se trata de las Instituciones fundamentales, cuya misión es limitar el poder real. Claro está que cuando excluyen ya no limitan. Balmes se refiere a un ejemplo práctico: la Constitución de 1812. Esa Constitución no permitía al poder real el cumplimiento de su objeto legítimo. Y, en general, no lo permiten las Constituciones que excluyen al Rey de la máquina gubernativa. En esos sistemas, mal llamados «representativos», «el país está llamado a gobernarse a sí propio ... El Parlamento representa la opinión del país el ministerio debe representar la opinión del parlamento y la marcha gubernativa debe ser la expresión de la opinión del ministerio, único responsable. El monarca está «sobre» el parlamento y el ministerio: lo que quiere decir que está «fuera» de la máquina gubernativa». (Escritos Políticos. T. X, 47.) El poder real pierde, por tanto, toda su eficacia. No es que con ello Balmes condene los sistemas representativos, ni la teoría constitucional; pero «¿acaso —pregunta— la teoría constitucional se ha de exagerar hasta tal punto que los pueblos hayan de suponer a los reyes sin entendimiento, sin voluntad y suscribiendo el papel que se les pone delante sin saber lo que se hacen o sin cuidarse de averiguarlo? ¡Ay de las Monarquías si esta convicción adquieren los pueblos!» (Escritos Políticos. T. X, 95.) El monarca, pues, no puede estar excluido de la máquina gubernativa y limitado a un papel meramente simbólico. La fuerza social y el prestigio autoritario peculiar de las Monarquías, no lo consienten. La función de un Rey es esencialmente distinta a la de un Presidente, y la Constitución de las Monarquías no puede ser, por tanto, igual a la de las Repúblicas, porque ha de dotar al monarca que está «en» la misma Constitución (no «sobre» ni, por tanto, «fuera» de ella) de los medios necesarios para el ejercicio de su alto poder. En él, transmitida o no, debe residir la soberanía que en los asuntos vitales y en la exacción de tributos debe decidir conjuntamente con las Cortes representativas de los grandes principios, de los grandes intereses y de las mayores fuerzas económicas y sociales del país. (Escritos Políticos. T. V, 206.)

Balmes, al considerar este importante extremo de los medios funcionales, consigna una observación sagaz: de tal modo es necesario que el poder real esté dotado de los medios precisos para el cumplimiento de su objeto legítimo que, si no lo está, la seguridad de su existencia vacila, y es probable que por instinto de conservación se apodere de los medios que le hacen falta. Es decir, que si la Constitución «garantiza» la exclusión del monarca de la máquina gubernativa o su mínima intervención, o

la Monarquía perecerá o de un golpe autoritario suspenderá las garantías constitucionales. La Corona «está sobre las constituciones», que son «frágil obra de la mano de los hombres», «que se arreglan por la mañana con los apuntes de la noche recogidos de libros, folletos y modelos de constituciones extranjeras», porque está en la «Constitución nacida de las ideas y costumbres» de todo país que, históricamente, ha sido monárquico.

Pero es que, además, el poder público, cuando se encarna en la Corona, adquiere una cualidad considerable: la espontánea naturalidad del cumplimiento de los tres requisitos indispensables y fundamentales de todo poder. (Escritos Polit. T. II.) En efecto: el mantenimiento del Orden Público sería más fácilmente logrado por el poder real, gracias a la abundancia de recursos que le proporciona el prestigio tradicional de su autoridad; la estabilidad de la organización fundamental es conseguida por la Monarquía mediante la sucesión hereditaria que excluye toda ambición; y, finalmente, el espíritu desinteresado en el gobierno del país, en la Monarquía estaría garantizado por la perpetuidad del carácter público de sus representantes, lo que les excluye de las pasiones y codicias de los particulares.

En la naturalidad con que la Monarquía puede cumplir estos tres requisitos ve Balmes una de las notas peculiares de la Institución Monárquica. Claro está que para ello es preciso que el poder real se halle en posesión de los medios necesarios para el logro de su objeto legítimo.

La Monarquía, para Balmes, es, pues, una Institución necesariamente histórica y tradicional. «Las Instituciones muy grandes no son para improvisadas.» (Escritos Políticos. T. I, 140.) De ahí que Balmes no hable, generalmente, de lo que la Monarquía ha de ser. Sino de lo que es o, más precisamente, de lo que fué en su pureza y esplendor del siglo xvi, abstrayéndola de las circunstancias concretas de aquella época para demostrar su aplicabilidad a todas las demás, toda vez que las causas sociales y políticas, antes apuntadas, que en el siglo xvi dieron a luz a la Monarquía, no solamente subsistían, sino que se habían agudizado y no era fácil que desaparecieran, como, en efecto, no han desaparecido.

Aun así, un pensador tan realista como él no iba a pretender que los enormes cambios y vicisitudes sufridas por la corona desde el siglo xvi y la diferencia abisal entre unas y otras circunstancias, tanto internas como exteriores, no habían de afectar para nada a la estructura de la Monarquía. «El siglo xix no es el siglo xvi» (Escritos Políticos, t. VI, 163), y ni siquiera «la política que se habría de seguir ahora (1845) no es la política de 1823». Desde entonces, «el aliento del siglo» ha ejercido su influencia sobre la nación española, y sus oradores y escritores no se expresan como antes. «Estos hechos son más bien sociales que políticos; no dependen de esta o aquella ley, de esta o aquella institución, están radicados en las ideas y las costumbres y, por lo mismo, no se destruyen con un decreto.» Por otra parte, las circunstancias exteriores del ambiente internacional habían variado. Por ello, Balmes opina que «es urgente tomar una actitud en que las vicisitudes políticas de Europa hallen menos cosas que conmover». «¡Ay de las instituciones cuyos custodios no vigilan para ir las acomodando a las necesidades de la época! El mundo marcha; quien se quiera parar será aplastado, y el mundo continuará marchando...» (Escritos Políticos, t. X, 291.) No se puede resistir absolutamente a las ideas de libertad. Hay que encauzarla.

A la luz de estos principios, Balmes contempla la monarquía española de su tiempo; y después de señalar la comprobación de su teoría sobre el «instinto de conservación de la corona» en las reacciones absolutistas de Fernando VII, y de considerar la crisis horrible de la minoría de Isabel II y la regencia de Espartero, quiere aportar sus ideas a la reforma de la Constitución de 1837: «Hubiéra-

mos hecho que el trono tomase de su cuenta el no dar una Constitución, que a tanto, en nuestro concepto, no llegan sus facultades, sino el aplicar a las actuales circunstancias la letra y el espíritu de nuestras antiguas leyes.» (*Escritos Políticos*, t. V, 206.) Pero es en vano. «El camino se ve, pero ¿quién se atreve a seguirlo después de haberse empeñado en tantos otros con tanta imprudencia?» (*Escritos Políticos*, t. V, 58.) Nadie quería volver a los antiguos cauces por los que todavía discurría la nación.

Balmes emprende entonces una campaña audaz y hábil: el matrimonio de la reina con el conde de Montemolín. Con ello el poder real vería fortalecida la seguridad de su existencia, pues se zanjaba la cuestión dinástica que la amenazaba. Y, sobre todo, el poder real adquiriría los medios precisos para el logro de su objeto legítimo, pues incorporándose a la política las ideas y principios tradicionales, la monarquía volvería, en lo esencial, a su antigua autoridad. La distinción de Balmes entre los principios tradicionales y sus representantes no había producido ningún efecto y los hombres no habían querido incorporarse a la política, prescindiendo de las pretensiones personales ya vencidas, en aras de la tesis tradicional. El matrimonio era, pues, la única solución. Aun así, Balmes insiste en que no se perseguían intereses personales: «Muy claro es que si aun en su destierro ha recibido don Carlos consejos fundados en esperanzas con respecto a su persona, estos consejos han sido muy equivocados, y que no andábamos descaminados cuando decíamos que atendido el curso natural de las cosas, el reinado de don Carlos era imposible.» «Al sostener la conveniencia del enlace de su hijo con la reina Isabel no hemos sostenido un interés dinástico, sino un interés nacional.» (*Escritos Políticos*, t. VI, 245.) Pero también esta vez sus esfuerzos fueron baldíos. Y Balmes, el filósofo, el hombre de «seny», al contemplar aquella España «de salones y cuarteles», tan distante de la realidad y de los intereses del pueblo español, se vuelve zumbón e irónico; en España no hay ni siquiera grandes ambiciosos. «Hace tiempo que el país desea levantar una estatua, pero no se presentan candidatos.» Los pequeños codiciosos, en cambio, pululaban por las regiones del poder («sería bien posible que tuviéramos gran consumo de reputaciones», había dicho Balmes refiriéndose a ese aspecto personalista de la política de su tiempo); pero éstos para nada servían.

«Quisiéramos que la España adoptase un sistema donde entrasen para poco los hombres y para mucho las cosas.» (*Escritos Políticos*, t. III.) Los hombres pasan; las instituciones permanecen. Y, sin embargo, habíamos de ver todavía a muchos hombres que permanecieron mientras por sus manos iban pasando las instituciones más fundamentales: las constituciones, la monarquía, las dinastías, la primera república... Balmes lo anunció: «No, por cierto; no tememos todavía a la república, porque todavía conservamos el sentido común; pero tememos a otras cosas que se encuentran los pueblos... antes de llegar a la república... Helas aquí: las revoluciones antes de destruir los tro-

nos cambian las instituciones que rodean al trono; si entonces la monarquía no llena tampoco su cometido, se culpa a las personas, y se cambia de dinastía; y si ni aun así se logra lo que se deseaba, el trono es arrumbado como mueble inútil, o hecho astillas como dañoso.» (*Escritos Políticos*, t. II, 319.) La previsión no pudo ser más exacta, y al leerla, algunos hombres tales como Prim, Sagasta..., acuden espontáneos a nuestra mente.

OPTIMISMO DE BALMES

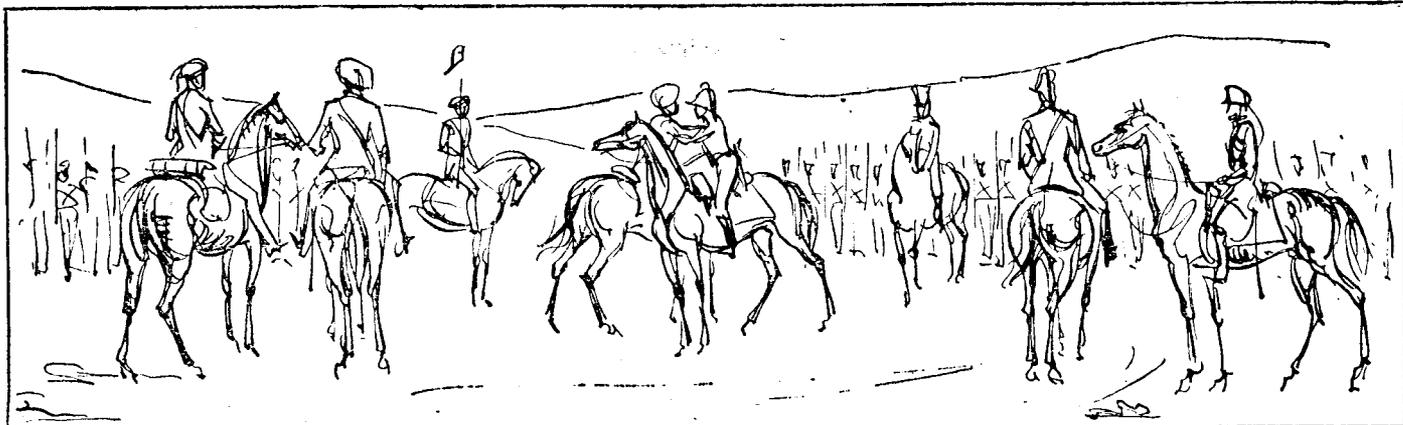
Es cierto que los últimos escritos de Balmes transparentan la noble amargura que le llevó a la muerte; pero ese matiz desengañado, aunque muy hondo, es circunstancial y se debe únicamente a los fracasos y críticas formuladas por hombres equivocados. Frente a ellos, Balmes era pesimista; pero al contemplar la realidad de la nación española, Balmes creyó siempre en un porvenir mejor. No era el suyo un optimismo de base sentimental, sino absolutamente científica: «Si la sociedad española no ha de perecer, su reorganización es una necesidad, y una necesidad de un modo u otro se satisface.» (*Escritos Políticos*, t. I, 27.) Por otra parte, «hace ya muchos años que los buenos principios están acostumbrados a no deber su salvación a nadie.» (T. II, 309.)

«La España es muy a propósito — dijo — para ser bien gobernada; lo que nos falta no son elementos gobernables, sino gobernantes.» (T. V, 55.) Contrastando con esta frase, Donoso, pocos años después, había de decir, cerrando uno de los periodos más brillantes de su oratoria, que «el mal no está en los gobiernos; el mal está en los gobernados; el mal está en que los gobernados han llegado a ser ingobernables» (6); pero esta afirmación de Donoso tenía una premisa que delata su error: «la verdadera causa del mal hondo y profundo que aqueja a la Europa está en que ha desaparecido la idea de la autoridad divina y de la autoridad humana» (6). Ya hemos visto cómo el realismo de Balmes le lleva a afirmar, en cambio, que el pueblo español guardaba espontáneamente esas ideas en su auténtica encarnación — la religión y la monarquía — a pesar del empeño que en destruir su antigua esencia ponían los hombres que lo gobernaban, queriendo prescindir de la realidad española, para poder seguir el apriorismo cómodo de la Revolución Francesa. El mal estuvo, pues, inicialmente, en los gobiernos que ni se preocuparon de recoger nuestras tradiciones ni supieron edificar sobre ellas un porvenir estable.

Con ello, Balmes reivindicó al pueblo español y a su buen sentido, volviendo en contra de sus acusadores aquella imputación con que tan frivolamente excusaban su ignorancia. No era que España fuese el país de las anomalías. No era que en España tres y dos no hiciesen cinco. En todo caso, ello se debía a que los que la gobernaban no sabían contar.

José Ignacio Montobbio Jover

(6) Discurso en el Congreso. Sesión de 30 de enero de 1850.



El abrazo de Vergara

Carta-Encíclica de Su Santidad Pío XII sobre los Santos Lugares de Palestina

A los venerables hermanos Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos, y demás Ordinarios en Paz y Comunión con la Sede Apostólica, Pío Papa XII:

Venerables hermanos, paz y apostólica bendición: Entre los múltiples cuidados que en este lapso de tiempo, tan fecundo en trascendentales consecuencias para el porvenir de toda la familia humana, nos hacen sentir el grave peso del Supremo Pontificado, ocupan de modo peculiar nuestra solicitud los referentes a la guerra que ensangrienta los Santos Lugares de Palestina, porque con toda verdad os podemos afirmar, venerables hermanos, que las vicisitudes, tristes o alegres, no pueden atenuar el sumo dolor que nos atormenta con vehemencia cuando pensamos que en aquella región, sobre la cual Jesucristo Nuestro Señor derramó su sangre para redimir a todo el género humano, continúa corriendo sangre de hermanos, y donde resonó y brilló para las almas en medio de las tinieblas de la noche el primer anuncio angélico de paz, sigue la lucha y aumentan cada día más los sufrimientos de los desgraciados, y se acumulan horrores sobre horrores mientras miles de prófugos y desterrados, arrancados de sus lares, vagan errantes buscando un pedazo de pan y un rincón seguro.

Y particularmente sentimos pena y dolor cuando se nos notifica que los edificios sagrados y de beneficencia, levantados junto a los Santos Lugares, han sufrido grandes y graves daños, de donde es de temer que corran la misma suerte deplorable los mismos Santos Lugares de toda Palestina y, sobre todo, de Jerusalén, consagrados por el nacimiento, vida y muerte de nuestro divino Redentor.

Es superfluo, venerables hermanos, manifestaros que en semejantes circunstancias presentes, presagio de mayores males futuros, Nos no hemos contenido nuestro dolor en silencio, sino que, en cuanto nos ha sido posible, hemos gestionado con ardor que se pusiera a toda costa el remedio posible. Ya sabéis que cuando al comienzo de la contienda concedimos una audiencia a un grupo de aristócratas árabes que deseaban testimoniarnos su deferencia, Nos, al hablarles con toda cordialidad, les manifestamos nuestra solicitud por la paz de Palestina, y les afirmamos con claridad y aseveración que una paz verdaderamente digna de tal nombre no se podría conseguir por la fuerza y por las armas, sino con la verdad y la justicia, asegurando los derechos de cada uno, conservando las tradiciones recibidas de los mayores, sobre todo en lo que atañe a la religión, y cumpliendo los deberes que competen a cada uno de los bandos.

Declarada la guerra, Nos, que en virtud de nuestro apostólico ministerio estamos en todo tiempo muy por encima de las contiendas de la Humanidad, con la mayor ecuanimidad e insistencia de que fuimos capaces, trabajamos para que triunfaran en Palestina la concordia y la tranquilidad unidas a la justicia, y para que permanecieran incólumes e intactos aquellos Santos Lugares, y aunque casi continuamente de todas partes se vuelven suplicantes toda clase de necesitados, no por eso con menor celo nos esforzamos cuantas veces pudimos en proporcionar ayuda a las víctimas de la guerra, ya repartiendo socorros por medio de nuestros representantes en Palestina, el Líbano y Egipto, ya excitando con corazón paternal a los fieles de otras naciones para que prosiguieran la obra iniciada.

Pero, como era para Nos manifiesto que las fuerzas humanas resultan incapaces para arreglar este difícil y enmarañado problema, confiamos, sobre todo, en las ple-

garias que se dirijan al Divino Príncipe de la Paz, y, en consecuencia, mediante la carta-encíclica «Auspicia quaedam», publicada hace poco tiempo, os hemos exhortado, venerables hermanos, como de nuevo os exhortamos hoy, para que vosotros y la grey encomendada a vuestra solicitud pastoral, hagáis oraciones públicas para que por fin, por intercesión de la Santísima Virgen María impetremos que, arregladas ecuanimemente todas las cosas en Palestina, se restablezca allí felizmente la concordia y la paz («Acta Apostolicae Sedis», 1948, número 5, página 171).

Hemos sabido, con gran consuelo de nuestra alma, que nuestra invitación no ha sido hecha en vano, y mientras Nos, en unión con todos nuestros fieles hijos esparcidos por todo el mundo nos esforzábamos en orar y trabajar para que las cosas de Palestina se arreglaran recta y felizmente, hemos sabido que no han faltado hombres prudentes que, sin ahorrarse trabajo alguno ni atemorizarse ante los mayores peligros, se han esforzado por conseguir este mismo fin. Nos es grato reconocer y alabar aquí públicamente sus nobles intentos.

Sin embargo, ya que por ahora ni se calma ni cesa el conflicto y aumentan, desgraciadamente, los destrozos y ruinas que de él se siguen, juzgamos oportuno reiterar la invitación, confiados en que vosotros y todos los cristianos la acogerán con toda voluntad y todo empeño. Como Nos declaramos el día 2 de julio al recibir al Sacro Colegio de Cardenales, abriéndole nuestro corazón afligido y preocupado por esta causa *nos parece increíble que toda la cristiandad pueda contemplar con indiferencia o con estéril indignación que aquella Tierra Santa, que debería ser mirada por todos con ternura y besada con veneración y amor ardiente, sea devastada a sangre y fuego por las tropas y sea deshecha y arrasada por los bombardeos aéreos*. No podemos creer que vayan a ser destruidos locamente los Santos Lugares y el mismo sepulcro de Jesucristo. Por el contrario, abrigamos más bien la esperanza que las plegarias que por esta causa se elevan de todo el orbe al Todopoderoso y misericordiosísimo Dios, junto con las nobilísimas aspiraciones de tantos hombres que anhelan el bien y la verdad, consigan realmente que los que rigen los destinos de los pueblos encuentren un camino menos duro y menos largo que conduzca a restituir la paz y la justicia en Palestina, y que de tal manera puedan ser ordenadas las cosas con la mutua conformidad y cooperación de los interesados, que se garanticen la seguridad pública y privada de ambos bandos y se logren unas condiciones de vida moral y social que contribuyan a una ordenada y verdadera prosperidad.

Del mismo modo esperamos que las plegarias prescritas y las aspiraciones nobilísimas de estos hombres probos, índice de la profunda estima que tiene por los Santos Lugares casi toda la gran familia humana, persuadirán completamente a todos aquellos que en las supremas reuniones tratan el gravísimo problema de dar la paz a los pueblos, que *es muy conveniente instaurar en Jerusalén y sus alrededores, donde se conservan los monumentos venerados de la vida y muerte del Divino Redentor, un régimen fundado y sólidamente establecido en un derecho internacional, el cual parece en las presentes circunstancias lo mejor y más apto para conservar esos mismos sagrados monumentos*. Con el mismo derecho internacional será conveniente confirmar la seguridad y el libre acceso a los Santos Lugares, restaurar y garantizar la libertad del culto divino y conservar incólumes las tradiciones de nuestros mayores.

Quiera Dios que brille cuanto antes el día en que puedan renovar los cristianos sus piadosas peregrinaciones a los Santos Lugares, y que cuando mediten los testimonios del amor de Jesucristo, que dió su vida por la salvación de sus hermanos, aparezca claramente que los hombres y los pueblos, sosegadas sus diferencias e intereses, puedan convivir juntos en armonía. Entregándonos

a esta esperanza, a vosotros, venerables hermanos, a vuestros fieles y a todos los que reciban con buen ánimo nuestra exhortación, impartimos con todo placer en el Señor nuestra bendición apostólica, prenda de las celestiales gracias y testimonio de nuestra benevolencia.

Dado en Castelgandolfo, junto a Roma, el día 24 de octubre del año 1948, décimo de nuestro pontificado.

PÍO PAPA XII

El ideal sacerdotal de España

Dios Nuestro Señor, al crear a España, tuvo para ella grandiosamente predilecciones especialísimas. En el alborar del Cristianismo, le envió uno de sus apóstoles más queridos. San Pedro fué a Roma como cabeza de la Iglesia naciente. San Juan se quedó de Capellán de la Santísima Virgen. Santiago vino a España. Y en las orillas del río más español, como promesa de una maternidad fidelísima, se le apareció la misma Reina de los cielos. Lo que esta celestial Venida significa está en la conciencia de los católicos españoles. Para nosotros, la interpretación de más alcance nos la dejó la Venerable Madre Agreda, «la Secretaria de la Santísima Virgen», en el último capítulo del Libro séptimo de la tercera parte de su *MÍSTICA CIUDAD DE DIOS*.

En torno de la Sagrada Columna de Zaragoza, que la piedad tradicional de España ha guardado como el sello de su perpetuidad, gira, sin metáfora, la historia de nuestra Patria. ¡De aquel aliento apostólico de la Santísima Virgen a Santiago, nuestra expansión misionera y sacerdotal! Quédase para otras naciones de aspiraciones materialistas, orgullos terrenos. España no ha de ser grande principalmente ni por la ciencia, ni por las armas, ni por las conquistas. Aunque la leyenda negra tachara a España de atrasada en las ciencias, podemos presentar precursores de Copérnico en nuestro Alfonso el Sabio, Francisco de Villalobos y Andrés de San Martín, e investigadores tan audaces como Colón, Felipe Guillén, Martín Cortés, Espinel, Rogete, Garay, Pedro Núñez, Urdaneta, Juan de la Cosa, Pérez de Oliva, etc. De guerreros extraordinarios es un rosario nuestra historia desde Guzmán el Bueno al Alcázar de Toledo. El descubrimiento de América es la conquista mayor que ha visto el mundo. Pero la grandeza de España estriba en su ejecutoria de elegida por Dios para defender la Santa Religión y en el deber, urgentísimo, de que sus hijos sean santos. ¡La santidad, he aquí nuestro papel histórico transcendental! Al servicio de ella nuestras ciencias, armas y conquistas. Por esto el patriotismo español, en esencia, es la santidad. ¡Bendita nación, cuyo espiritualismo es tan superior que se despegaba de lo terreno y ofrece tierras y hombres a la mayor gloria de Dios! ¡Santa España, cuyo ideal brilla en su esplendor cuando se entrega a la defensa de la Religión de Cristo, para cuya misión vive y vivirá hasta la consumación de los siglos!

¡Ocho siglos de Reconquista! ¡Por Dios y por España! Conquistaban la Patria para darla a Dios, para que España como nación fuera instrumento dócil al servicio de los intereses divinos. La epopeya terminó en el reinado de los Reyes Católicos, donde se soldó materialmente lo que espiritualmente era una, íntegra, indivisible, entera, inconsútil: la nacionalidad española. Rindamos homenaje al arzobispo don Rodrigo Jiménez de Rada, el genio de Navas de Tolosa, uno de los más inclitos forjadores de la unidad española. ¡La Iglesia hizo tanto por la unidad nacional! San Isidoro, en uno de los Concilios Toledanos, condenaba la diversidad de ritos porque convenía que aquellos que «una fide continentur et regno» («los que estaban unidos en una misma fe y en un mismo reino») se diversificaran en la exterior. Bien dice Menéndez y Pelayo en el epílogo de la «Historia de los Heterodoxos Españoles» estas preciosas razones: «La Iglesia nos educó a sus pechos, con sus mártires y confesores, con sus Padres, con el régimen admirable de sus Concilios. Por ella fuimos nación y gran nación, en vez de colección de gentes colecticias, nacidas para presa de la tenaz porfía de cualquier vecino codicioso. No elaboraron nuestra unidad el hierro de la conquista ni la sabiduría de los legisladores; la hicieron los dos apóstoles y los siete varones apostólicos; la regaron con su sangre el diácono Lorenzo, los atletas del circo de Tarragona, las vírgenes Eulalia y Engracia, las innumerables legiones de mártires cesarogustanos... Si en la Edad Media nunca dejamos de considerarnos unos, fué por el sentimiento cristiano, la sola cosa que nos juntaba, a pesar de aberraciones parciales, a pesar de nuestras luchas más que civiles, a pesar de los renegados y de los muladies... Dios nos concedió la victoria y premió el

esfuerzo perseverante dándonos el destino más alto entre todos los destinos de la Historia humana: el de completar el planeta, el de borrar los antiguos linderos del mundo... España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio... ésa es nuestra grandeza y nuestra unidad: no tenemos otra». «Los Reyes Católicos —lo confesó Unamuno— llegaron a la mayor homogeneidad del pueblo que era su catolicidad». Aquí hay que buscar la razón de toda la política de los Reyes Católicos, espejo de la verdadera política española: la expulsión de los judíos, la Inquisición, la empresa del descubrimiento de América.

¡América se descubrió! Precisamente —no podía ser otro— en el día de la Virgen del Pilar. Identidad de origen el de las Españas y el de las Américas. A España, con la predicación jacobea vino la Virgen. América recibió los primeros misioneros en el día de la fiesta de la Madre de España, desde aquel día Madre de todo el Imperio español Imperio inmenso y extensísimo que vigorizaba el pensamiento católico que lo engendró. Reyes y conquistadores vivían acuciados de ansias sacerdotales y ecuménicas. «*Benedicatur y glorificetur Nomen tuum, laudetur Nomen tuum, agnoscatur el proedicetur in hac altera mundi parte*», dijo Colón al pisar las Indias, a cuya posesión de Guanahani dió el nombre de San Salvador, expresando su fe en la salvación de todos los hombres y desde luego en aquellos indios que siempre España consideró como hombres racionales. «Los reyes de España, dijo Colón a los indios el día de su llegada a Cuba, nos han enviado no a sojuzgaros, sino a enseñarnos la verdadera religión y a defenderos de vuestros enemigos, y así todos vosotros debéis tenernos por vuestros amigos y protectores». Y la reina Isabel escribió en su testamento: «Nuestra principal intención ha sido siempre la de procurar y traer los pueblos de las Indias y convertirlos a nuestra Santa fe católica, enviándoles prelados religiosos y clérigos y otras personas doctas para instruir a sus vecinos, doctrinarles y enseñarles buenas costumbres». Y el Papa Alejandro VI, en la celeberrima Bula de Demarcación de 4 de mayo de 1493, decía a nuestros Reyes: «Os mandamos además en virtud de santa obediencia (como lo prometéis y no dudamos de vuestra grandísima devoción y regia magnanimidad habéis de cumplirlo), que empleando para ello toda la debida diligencia, debéis destinar a la Tierra Firme y las islas predichas varones probos y temerosos de Dios, doctos peritos y expertos, para que instruyan en la fe católica e imbuyan en las buenas costumbres a los dichos indígenas y habitantes».

Con este ideal emprendió España sus empresas. Ninguna nación puede emparejar con ella ni en más fe ni en más generosidad, virtudes sacerdotales por excelencia. Y este ideal fué tan sentido y tan vivo en la conciencia del siglo XVI, que Lope de Vega nos ha dejado un auto sacramental —*EL MISACANTANO*— que es la demostración palmaria de nuestras afirmaciones.

Véase este diálogo de tan hermosas y profundas sugerencias, en que el mismo Cristo es el Misacantano:

- Misacantano. — Pueblo mío, esposa amada,
Unión santa, Iglesia mía.
- Castilla. — Sacerdote soberano,
Dadme esa mano bendita.
- Toledo. — Ya se la habrás dado a Roma
Que es donde tiene la silla:
Dásela a España, Señor,
Pues tanto a su amor se inclina.
- Portugal. — Divino Misacantano,
Portugal a Vos se inclina,
- Vizcaya. — También Vizcaya y Navarra,
Y Guipúzcoa la provincia.
- Indias. — En mi persona, Señor,
Los dos Polos, las dos Indias.

A LA LUZ DEL VATICANO

Castilla.—Y Castilla, gran Prelado,
Ofrece alegre este día
Mi Reino y el de Aragón,
León, Granada y Galicia:
A Zaragoza y Valencia,
Y Barcelona la rica,
A Menorca y a Mallorca,
Milán, Nápoles, Sicilia,
Que todo ha de ser de España:
Valladolid y Medina,
Burgos, Osma, Salamanca,
Avila, Segovia antigua,
Sin otras muchas ciudades.

Toledo.—Y yo por la Andalucía,
Como ciudad Imperial,
Fuerte, noble, franca y rica,
Os ofrezco, Sacerdote
Del cielo, a la gran Sevilla,
A Córdoba y a Jaén,
Sanlúcar, Jerez, Medina,
Cádiz, Ronda, Osuna, Andújar,
Pliego, Antequera, Montilla,
A Gibraltar y Archidona,
A Granada y Almería:
Y en mi reino de Toledo,
Aquella ciudad antigua
En cuya famosa Iglesia,
Que glorifica a María
Bajó a dar el premio a Alfonso,
Casulla, laurel, insignia
De haber celebrado tanto
Su castidad pura y limpia.
Y a Madrid por mía os ofrezco,
Fuerte; antigua y noble Villa...
Su Corregidor ofrezco,
Torre fuerte y verde silla,
Y todo sus Regidores,
A quien tal nobleza obliga
Celebrar con tal cuidado
Este soberano día
En que sois Misacantano
Hostia, Sacerdote y Misa...

¡Qué significado tan sublime el de estos versos! ¿Puede haber mayor identificación sacerdotal entre Cristo y España? ¿Puede alguien eclipsar esta gloria española?

Oíd al divino Misacantano que dice:

Pueblo mío, Iglesia hermosa,
Esta es la Iglesia primera
De tu Sacerdote Esposa:
Lo que he prometido espera
Leal, pura y amorosa.
Al Padre voy desde aquí;
Mi espíritu vendrá en tí,
Y tendrás confirmación...

(Y al final añade):— Iglesia de España amiga,
Tus dones recibo alegre,
Que es bien que así los reciba,
Y te prometo por premio,
En acabando la Misa,
Y ordenando Sacerdotes
Para que por Mí la digan,
De enviarte un premio mío,
Que no sólo con mi firma
Te administre Sacramentos,
Bautismo y Eucaristía
Para que del fiero moro
Muchas veces te resistas,
A quien llamaban patrón.

Ciertamente concluía lógicamente el pensador mártir, Ramiro de Maeztu, al decir que *la misión histórica de los pueblos hispánicos consiste en enseñar a todos los hombres de la tierra que si quieren pueden salvarse, y que su elevación no depende sino de su fe y su voluntad*. Y admirablemente comentaba el mismo Maeztu: «Todavía ayer moría en Salamanca el padre González Aintero. Y suya es la sentencia: «No hay proposición teológica más segura que ésta: a todos sin excepción se le da —proxime o remoto— una gracia suficiente para la salud...»

Como floración de este espíritu histórico, plácenos evocar la augusta figura del Beato Juan de Avila, el gran sacerdote patrón del clero secular español, a cuya muerte lloraba la gran Santa Teresa y San Francisco de Borja, besando las paredes de su aposento...

Y glorificar una vez más al Señor porque España es nación de alma sacerdotal.

José Ricart Torrens, pbro.

La O. N. U. proclama los «Derechos del Hombre»

Y III (*)

El protestantismo causa de los principios revolucionarios

La relación directa que une la propuesta declaración de los llamados «Derechos del Hombre» por las Naciones Unidas, con la formulada por los elementos dirigentes de la revolución de 1789, es tan clara y tan abierta que no necesita mayores precisiones. Basta la atenta lectura de los documentos que reproducimos en anteriores números, para convencerse del parentesco íntimo de las ideologías que presiden la elaboración de ambos.

Pero el examen de este antecedente, no sería suficiente para comprender la intrínseca malicia que se oculta entre algunos de los «derechos» tan pomposamente proclamados por la Comisión de la O. N. U. Y este antecedente es tanto más digno de tenerse en cuenta en estos momentos, en que por ciertas mentes se pretende nada menos que crear una patria europea al estilo democrático liberal al uso, para calibrar el fruto amargo de disgregación y violencia que nace de ciertas doctrinas que parecen tener como denominador común la denominada «tolerancia».

El Papa León XIII precisa en brevisima síntesis el

origen de las pretendidas libertades y de los supuestos derechos. «Las dañosas y deplorables novedades promovidas en el siglo XVI, habiendo primeramente trastornado las cosas de la religión cristiana, vinieron por natural consecuencia a trastornar la filosofía, y por ésta todo el orden de la sociedad civil. De aquí, como de fuente, se derivaron aquellos modernos principios de libertad desenfrenada, inventados en la gran revolución del pasado siglo y propuestos como base y fundamento de un «derecho nuevo», nunca jamás conocido, y que disiente en muchas de sus partes no solamente del derecho cristiano, sino también del natural» (1).

En la subversión luterana, por consiguiente, es en donde hemos de buscar la raíz de los «modernos principios de libertad desenfrenada», principios que la Revolución francesa levantó como estandarte de una nueva era en la que el hombre había de ser el dueño absoluto de sí mismo, de su vida y de su destino.

Partiendo de esta base, no es extraño que las más disparatadas libertades hayan encontrado su asiento en las constituciones liberales.

(*) Vid. el núm. 112 de CRISTIANDAD, págs. 509 y 510.

(1) León XIII. Enc. *Immortale Dei*.

La libertad de culto y de conciencia

«El decir que entre distintas y aun contrarias formas del culto lo mismo da una que otra, es venir a confesar que no se quiere aprobar ni practicar ninguna; lo cual si difiere en el nombre del ateísmo, en realidad es la misma cosa, supuesto que quien cree en la existencia de Dios, si es consecuente y no quiere caer en un absurdo, ha de confesar necesariamente que las formas de culto divino que se practican, y en las cuales hay tan grande diferencia y tanta desemejanza y contrariedad, aun en cosas de suma importancia, no pueden ser todas igualmente aceptables ni igualmente buenas o agradables a Dios» (2).

Estas palabras de León XIII precisan exactamente la verdadera índole de la llamada libertad de cultos, que en el fondo constituye una intrínseca declaración de ateísmo. Tal vez con ello quede perfectamente explicada la malicia de los sectarios contra la Iglesia de Cristo, apoyándose precisamente en esa pretendida libertad. Lo pone de manifiesto el propio Pontífice en otra de sus luminosas encíclicas:

«En lo tocante a tolerancia —escribe el Papa— causa extrañeza cuánto distan de la prudencia y equidad de la Iglesia los que profesan el liberalismo. Porque con esa licencia sin límites, que a todos conceden acerca de las cosas que hemos enumerado, traspasan toda moderación y llegan hasta parecer que no dan más a la honestidad y a la verdad que a la falsedad y la torpeza. En cambio, a la Iglesia, columna y firmamento de la verdad, maestra incorrupta de las costumbres, porque, en cumplimiento de su deber, siempre ha rechazado y niega que sea lícito semejante género de tolerancia, tan licencioso y tan perverso, la crimanan de falta de paciencia y mansedumbre... Pero en medio de tanta ostentación de tolerancia, son con frecuencia estrictos y duros contra todo lo que es católico, y los que dan con profusión libertad a todos, rehusan a cada paso dejar en libertad a la Iglesia» (3).

Su Santidad el Papa Pío XI, al referirse al indiferentismo religioso, dice lo siguiente: «En este tiempo se encuentran no pocos que, aplicando a la sociedad civil el impío y absurdo principio del naturalismo, se atreven a enseñar «que el ser de la vida pública y el mismo progreso civil requieren que la sociedad humana se constituya y gobierne sin preocuparse para nada de la religión, como si ésta no existiere, o por lo menos, sin hacer distinción entre las verdaderas y falsas religiones». Y en contradicción de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, no dudan en afirmar que «la mejor condición de la sociedad es aquella en la que no se reconoce al poder civil autoridad para coartar con penas a los violadores de la religión católica, mientras la paz pública no lo exija». Y partiendo de esta falsa idea social, sus propagadores no temen en fomentar la opinión, desastrosa para la Iglesia Católica y para la salud de las almas, llamada por nuestro predecesor, de feliz memoria, «locura», de que la «libertad de conciencias y de cultos es propio e inalienable derecho individual que hay que proclamarlo en las leyes y establecerlo en todas las sociedades rectamente constituidas...» (4).

Y en el Syllabus está explícitamente condenada la siguiente proposición: «Todo hombre es libre para profesar y abrazar aquella religión que, guiado por la luz de la razón, juzgue verdadera» (5).

(2) León XIII. Enc. cit.
(3) León XIII. Enc. *Libertas*.
(4) Pío XI. Enc. *Quanta cura*.
(5) *Syllabus*, 26.

La libertad de hablar y de escribir

«La absoluta libertad de sentir e imprimir cualquier cosa sin freno ni moderación alguna —dice León XIII— no es por sí misma un bien de que justamente pueda gozarse la humana sociedad, sino fuente y origen de muchos males. La libertad, como virtud que perfecciona al hombre, debe versar sobre lo que es verdadero y bueno, y la razón de verdadero y de bueno no puede cambiarse al capricho del hombre, sino que perseverará siempre la misma, con aquella inmutabilidad que es propia de la naturaleza de las cosas. Si la inteligencia asiente a opiniones falsas y si la voluntad atiende y se abraza al mal, ni una ni otra alcanzarán su perfección, antes decaen de su dignidad natural y pervierten y corrompen; de donde se sigue que no debe ponerse a la luz y a la contemplación de los hombres lo que es contrario a la virtud y a la verdad, y mucho menos favorecerlo y ampararlo con las leyes» (6).

Y refiriéndose a estas libertades y a la de hablar, precisa el propio Pontífice: «Apenas es necesario negar el derecho de semejante libertad cuando se ejerce, no con alguna templanza, sino traspasando toda moderación y todo límite. El derecho es una facultad moral que, como hemos dicho y conviene repetir mucho, es absurdo haya sido concedido por la naturaleza de igual modo a la verdad y al error, a la honestidad y a la torpeza. Hay derecho para propagar en la sociedad, libre y prudentemente, lo verdadero y lo honesto, para que se extienda al mayor número posible su beneficio; pero en cuanto a las opiniones falsas, pestilencia la más mortífera del entendimiento, y en cuanto a los vicios, que corrompen el alma y las costumbres, es justo que la pública autoridad los cohiba con diligencia para que no vayan cundiendo insensiblemente en daño de la misma sociedad.» Y añade más adelante: «Si a todos es permitida esa licencia ilimitada de hablar y escribir, nada será ya sagrado e inviolable; ni aun se perdonará a aquellos grandes principios naturales tan llenos de verdad, y que forman como el patrimonio común y juntamente nobilísimo del género humano. Oculta así la verdad en las tinieblas, casi sin sentirse como muchas veces sucede, fácilmente se enseñoreará de las opiniones humanas el error pernicioso y múltiple, que será tanto mayor y más segura cuanto mayores fueren los frenos de la licencia» (7).

Y en esta misma Encíclica, declara formalmente el Romano Pontífice:

«No es lícito de ninguna manera pedir, defender, conceder la libertad de pensar, de escribir, de enseñar, ni tampoco la de cultos, como otros tantos derechos dados por la naturaleza al hombre. Pues si los hubiera dado, en efecto, habría derecho para no reconocer el imperio de Dios, y ninguna ley podría moderar la libertad del hombre. Síguese también que, si hay justas causas, podrán tolerarse estas libertades, pero con determinada moderación, para que no degeneren en liviandad e insolencia. Donde estas libertades estén vigentes usen de ellas para el bien los ciudadanos, pero sientan de ellas lo mismo que la Iglesia siente. Porque toda libertad puede reputarse legítima con tal que aumente la facilidad de obrar el bien; FUERA DE ESO, NUNCA.»

He ahí, en resumen, la doctrina de la Iglesia sobre las libertades modernas. A su luz puede apreciarse fácilmente cuán opuestos a la verdad y al bien son algunos de los principios que pretende proclamar la Asamblea de las Naciones Unidas.

José-Oriol Cuffi Canadell

(6) León XIII, Enc. *Immortale Dei*.
(7) León XIII, Enc. *Libertas*.

DE ACTUALIDAD

Mensaje de Su Santidad al Congreso Eucarístico del Brasil.—Discurso del Papa a unos obreros de Turín.—Anticomunismo liberal

Mensaje de Su Santidad al Congreso Eucarístico del Brasil

En la ciudad de Porto Alegre, capital de Río Grande del Sur, se ha celebrado el V Congreso Eucarístico del Brasil. Con este motivo, Su Santidad el Papa, felizmente reinante, Pío XII, dirigió por radio un mensaje a los congresistas, en lengua portuguesa, en el cual, entre otras cosas, dijo:

«Cuando el Rey divino, próximo a salir de este mundo para dirigirse al Padre, decidió en el exceso de su infinito amor quedar con nosotros hasta la consumación de los siglos, ¡no fué para condenarse a ser un eterno prisionero, encerrado en las sombras de los sagrarios abandonados! ¡No fué sólo o principalmente para salir de ellos de cuando en cuando a recibir en tronos esplendentes de luces y coronados de flores los homenajes de adoración y gloria que a su infinita Majestad, cuanto más escondida, tanto más le son debidos! Si lo hizo fué para ser el Corazón eternamente vivo y palpitante de su Cuerpo místico; para ser el centro propulsor, la fuente manantial de la vida, y de una vida abundante, para su Iglesia y para todos y cada uno de sus miembros.»

Y añadió más adelante: «¡O si scires donum Dei! ¡Si los fieles, si todos los fieles comprendiesen bien el don de Dios, con qué fervor se precipitarían a beber la vida en la fuente de la vida! Porque, en fin, «para ser buenos católicos, lo que quiere decir santos, debemos ser sarmientos de aquella frondosa vid, debemos abreviar en aquella fuente que alimenta para la vida eterna, beber de aquella agua que apaga toda sed, comer de aquel pan que da la vida y la inmortalidad» (Beato Contardo Ferrini). En efecto, es allí, en la contemplación del modelo perfectísimo de toda santidad y en su misterioso contacto, donde se aprenden las virtudes que forman al verdadero cristiano y se toman las energías para practicarlas. Es allí, al pie de la cara santa, donde se remueva el único sacrificio que aplaca los pecados del mundo, donde se ve cómo la genuina liturgia de la Iglesia es la que hace de los fieles, en unión con la víctima inmaculada, una hostia viva, santa, agradable a Dios por la inmolación generosa de los vicios y de las concupiscencias, y por la conformidad con la imagen de Aquél que desde el trono de la cruz en la tierra fué elevado al trono eterno de su gloria.»

Discurso del Papa a unos obreros de Turín

Mas de mil obreros de las fábricas Fiat, de Turín, fueron recibidos el día 31 del pasado mes de octubre en audiencia por el Romano Pontífice. Con este motivo, el Papa les dirigió un magnífico discurso, al que pertenecen los siguientes fragmentos:

«Desde el campo de vuestras fatigas, incansables, habéis venido en peregrinación hasta el centro de la santa Iglesia Católica porque estáis persuadidos de que ni el trabajo sólo, ni su perfecta organización con los más potentes medios, sirven para fraguar y garantizar la dignidad del trabajador, sino la religión y todo lo que ella ennoblece y santifica. El hombre es imagen de Dios, uno y trino, y, por consiguiente, también él es persona, hermano del Hombre-Dios, Jesucristo, y con El y por El, heredero de una vida eterna. Esta es su verdadera dignidad.

El trabajador, mejor que nadie en el mundo, debe ciertamente convencerse y empaparse cada vez más esta verdad. Hace mucho que se ha afirmado y se sigue afirmando que la religión vuelve al trabajador flojo y descuidado en la vida cotidiana, en la defensa de sus intereses públicos y privados; que, como el opio, le adormece, anquilosándolo completamente con la esperanza de la vida del más allá. Error manifiesto. Si la Iglesia, en su doctrina social, insiste siempre en el respeto debido a la íntima dignidad del hombre, si pide para el trabajador un justo salario en el contrato de trabajo, si para él exige una asistencia eficaz en sus necesidades materiales y espirituales, ¿por qué lo hará sino porque el trabajador es una persona humana, porque su capacidad de trabajo no debe ser considerada y tratada como una mercancía, y porque su actividad representa siempre una prestación personal? Precisamente esos renovadores del mundo, que reivindicán para sí el cuidado de los intereses de los obreros, como si fuese monopolio suyo y declaran que su sistema es el único verdaderamente social, no tutelan la dignidad personal del trabajador, sino que hacen de su capacidad productiva una simple cosa, de la cual la sociedad dispone como quiere y según su real gana. La Iglesia, amados hijos, quiere y busca sinceramente vuestro bien; ella os dice que la libertad humana tiene sus límites en la ley divina y en los múltiples deberes que la vida trae consigo; pero, al mismo tiempo, se esfuerza, y se seguirá esforzando hasta el fin para que todos y cada uno, en la felicidad del hogar, y en las circunstancias tranquilas y honestas, pueda pasar sus días en paz con Dios y con los hombres (cf. I Tim., II, 12).»

Y agregó el Papa:

«Amados hijos e hijas: Todo legítimo poder sobre los hombres no puede tener su origen ni derivar su existencia sino del poder de Aquel que por su misma naturaleza lo posee en el cielo y en la tierra, sin límites de tiempo ni de espacio; Jesucristo, que domina a los grandes del mundo, que nos ama y nos ha redimido del pecado con su sangre, a quien sea dada gloria e imperio por todos los siglos (cfr. Apoc., I, 5-6). Vaya a El el tributo de vuestra adoración y de vuestra gratitud.»

Anticomunismo liberal

Los partidos políticos liberales, más o menos influenciados por las logias masónicas, han levantado ahora la bandera del anticomunismo, presentándose como los adversarios más decididos de las doctrinas comunistas, de sus programas y de sus métodos.

Pero, como muy bien señala el semanario *Verbum* de Guatemala, al observar lo que viene ocurriendo en su país —tan similar a lo que sucede en otros Estados—, esos flamantes «anticomunistas» son los mismos que arrancaron el crucifijo de las escuelas, expoliaron a la Iglesia y expulsaron a los más destacados miembros de la Jerarquía.

El liberalismo, añade el periódico, forjó el alma atea de los comunistas actuales; engendrando precisamente con su sistema inicuo de economía y su explotación de la dignidad humana, el sistema que dice combatir.

¿Hasta dónde llega la sinceridad de ese pretendido anticomunismo liberal?

J. O. C.

CON CENSURA ECLESIASTICA

COMPRAMOS

a 5'25 ptas. los siguientes ejemplares:

Año 1945

N.º 19, 20, 26, 28, 39

Año 1946

N.º 58 - 59, 63

Año 1947

N.º 78

Indices de los años 1944 y 1945
a 3'— ptas.

La Administración



Talleres

NOTARIO

INDUSTRIA MECANICA

CADENAS, PEDALES
y CARRETES para
bicicletas, marca
«NOTARIO»

Calle Sugrañes, 22 - Tel. 31560 - BARCELONA (Sans)

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual . . . 100'00 ptas.

Semestral . 50'00 "

Trimestral . 25'00 "

■
Número ordinario . . . 5²⁵ pts.

Encuadernar 25 >

Tomo encuadernado . 125 >

■
Pagamos Ejemplar número 39 a 10 pesetas
Teléfono 22446

INASA

Inmuebles y Aprovechamientos Hidráulicos, S. A.



San Francisco, 14, pral., 1.º

T A R R A G O N A

La Revista CRISTIANDAD tiene lectores en los siguientes países:

Europa

BELGICA: Lieja
FRANCIA: París, Bordeaux, Angers, Lignières, Lourdes
HOLANDA: Nijmegen.
INGLATERRA: Londres, Oxford, Chipping Northon, Eastbourne, Newcastle-On-Tyne
IRLANDA: Dublín, Ballinasloe, Cabra, Cappoquin, Cashel, Killaloe
ITALIA: Roma, Florencia, Génova, Milán, Palermo, Padua
PORTUGAL: Lisboa, Porto, Braga, Braganza, Coimbra, Cova de Iria, Covilha, Leiria, Alcains, Alvares, Campo Maior, Estoril, Foz de Douro, Lagoal-Caixias, Negrellos, Peniche, Tomar, Vidago, Vilanova de Gaia
SUIZA: Zurich, Friburgo, Locarno, Losana, Orsonnens

Asia

CHINA: Wuhu
INDIA: Bombay, Amod, Bhavnagar, Baroda, Bulsar, Kandi, Khandala, Madras, Shembaganur, Talasari, Mhemdabad, Nadiad, Rajkot
JAPON: Tokyo, Hiroshima

África

MARRUECOS ESPAÑOL: Tetuán, Melilla, Ceuta, Tánger
GUINEA ESPAÑOLA: Santa Isabel (Fernando Poo)

América

ALASKA: Bethel
CANADA: Ottawa, Montreal, Quebec, Edmonton
ESTADOS UNIDOS: Nueva York, Washington, Los Angeles (California), Placentia (California), Berkeley (California), Albuquerque (New Mexico), Montezuma (New Mexico), San Antonio (Texas), El Paso (Texas), Edinburg (Texas), San Agustín (Florida), Chicago (Illinois), San Pablo (Minnesota), Webster Groves (Missouri), Framingham Centre (Massachusetts)
ARGENTINA: Buenos Aires, Córdoba, Tucumán, Santa Fe, Salta, Mendoza, Jujuy, Ciudadela, Mari-Lauquen, Morón, Pirovano, San Juan, San Miguel, Viedma
BOLIVIA: La Paz
BRASIL: São Paulo, Braganza Paulista, Itatiba, Mogi Mirim, Recife, Santos
COLOMBIA: Bogotá, Cali, Jericó, Medellín, Pasto, Tunja, Usaquen, Zipaquirá
COSTA RICA: San José de Costa Rica
CUBA: La Habana, Santiago, Matanzas, Cienfuegos, Holguín, Sancti Spiritus, Pinar del Río, Camagüey, Ciego de Avila, Guaimaro, La Víbora, Manzanillo, Morón, Nuevitas, Violeta
CHILE: Santiago, Concepción, Valparaíso, Talca, La Serena, Los Andes, Padre Las-casas, San José de Mariquina, Temuco, Viña del Mar
ECUADOR: Quito, Cuenca
EL SALVADOR: San Salvador
GUATEMALA: Ciudad de Guatemala, Cobán, Quezaltenango, Sololá
HAITI: Puerto Príncipe
MEJICO: Méjico, Mérida del Yucatán, Tampico, Guadalajara, Morelia, Puebla Coyoacán, Cuquío, Chihuahua, Puerto Vallarta
NICARAGUA: Managua, León
PANAMA: Ciudad de Panamá
PARAGUAY: Asunción
PERU: Lima, Iquitos, Magdalena del Mar, Miraflores
PUERTO RICO: San Juan, Aibonito, Ponce, Santurce
REPUBLICA DOMINICANA: Ciudad Trujillo, Santiago de los Caballeros
TRINIDAD: Puerto España
URUGUAY: Montevideo, Florida
VENEZUELA: Caracas, Valencia, Mérida, Bucaramanga

Oceanía

AUSTRALIA: Sydney
FILIPINAS: Manila